

La Ilustración Artística



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



AÑO XV

BARCELONA 6 DE ENERO DE 1896

NÚM. 732



LAS PRIMERAS NIEVES, dibujo de Hal Hurst

SUMARIO

Texto. — *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *La Transfiguración*, por R. Balsa de la Vega. — *Las mañanas de Madrid. El cafetero ambulante*, por A. Danvila Jaldero. — *La vida contemporánea. Nochebuena*, por Emilia Pardo Bazán. — *Nuestros grabados. En busca de un ideal*, novela de Juana Mairet, con ilustraciones de Marchetti. — *Miscelánea. Grabados.* — *Las primeras nieves*, dibujo de Hal Hurst. — *Silla arzobispal en el coro de la catedral de Toledo*, obra de Berruguete. — *Las mañanas de Madrid. El cafetero ambulante*, dibujo de Méndez Bringa. — *Los Tassos del Africa occidental*, tres grabados. — *Parábola de la vida*, dos cuadros de César Laurenti. — *Menelik. La reina de Abisinia. Ras Mikael. Ras Maconnen. Ras Mangascia*, cinco retratos. — *El mayor Pedro Toselli. La guerra de Cuba*, dos grabados. — *El túnel de Blanckwal. París. Un rincón del mercado del Temple*, cuadro de Luis Jiménez Aranda.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR (1)

Primera Pascua de Navidad en el Nuevo Mundo. — Nochebuena de Colón en diciembre del 92. — Mala noche. — Revelaciones de nuestra civilización a la gente isleña y consecuencias connaturales a ellas. — Los indios y los españoles. — Posesión de aquellos mares é islas. — Consideraciones. — Conclusión.

Había llegado Colón en fines de diciembre de 1492 á Santo Domingo desde Cuba, y encontrábase allí un cacique muy benévolo, llamado Guacanagarí, circuido de gente muy entusiasta. En vista de tal entusiasmo, expidió una embajada formal Colón á Guacanagarí el indio, y en vista de los informes por los embajadores traídos, resolvió levar anclas é irse, aunque con viento terral, á los dominios de su aliado, distantes cosa de unas cinco leguas. Era el día 24 de diciembre de 1492, y salió por la hora del alba. Navegaron todo el día, pero anduvieron poco. Llegó la noche, la Nochebuena, y quiso Colón celebrarla con lo más cumplidero á la salud suya y con lo mejor para los marinos, con un buen sueño. Acostóse, pues, rendido por las vigiliás y desvelos de tres noches subsiguientes á tres días de trabajos hercúleos. Sueño dulcísimo debió sobrevenirle. Aquella invención del Nuevo Mundo, negada por todos; aquella tranquilidad profundísima de mares vírgenes desflorados por las quillas de carabelas españolas; aquella interminable aparición de islas muy semejantes á edenes; aquellos hombres inocentísimos, enlazados á la naturaleza por tan misteriosas relaciones y prontos á entrar en la civilización y en el cristianismo, debían sugerirle de seguro ensueños benéficos y faustos, propios de la primer Nochebuena tranquila que pasara tras unos seis lustros de titánicas guerras, mantenidas con todo el mundo en general, y á veces hasta consigo mismo. Era la hora de media noche, la más propia para oír espiritualmente y dormido el eco de las fiestas infantiles en las lontananzas sonrosadas del tiempo pasado. Todo en el cielo sonreía y todo en el mar era bonanza. Los marineros dormían á pierna suelta, concedores del espacio aquel y de sus bajíos por haberles precedido la flotilla de barquichuelos y canoas enviados por Colón al monarca indio. Un grumetillo velaba sobre aquel timón, ¡tanta seguridad tenían todos en el bonancible tiempo y en la próspera navegación!, cuando encalla de pronto en unos bajíos la nao capitana. Su temperamento nervioso avisó á Colón del peligro, y este aviso le transportó, como con alas, á cubierta. Rápido cual el rayo, dió las órdenes convenientes para cortar el mástil y echar el cargamento. ¡Inútil remedio! Aquel accidente no fué avería; fué naufragio. Desertora la *Pinta*, encallada la *Santa María*, de las tres carabelas que desde Palos al Nuevo Mundo zarparon, únicamente restaba la más pequeña y frágil. A ella se trasladó, y desde allí expidió á Guacanagarí nueva embajada contándole su adverso caso mientras barloventaba él hasta que fuese de día. No bien supo el monarca indio la desgracia, procuró con todos sus medios aliviarla, sin aborrazar ningún recurso, ni perdonar ningún sacrificio. Desastradísimo caso tener que presentarse delante de tribus muy supersticiosas y muy creídas de que la próspera fortuna siempre va en compañía de lo superior y de lo sobrenatural con las menpugas consiguientes á un verdadero naufragio, demostrativas de cómo el mal se dilata por todo lo criado y cómo de su poder y de su imperio seremos todos siempre tributarios igualmente. Mas el afecto de amistosa hospitalidad sobrepujó á todo en aquella confiada tribu y en aquel efusivo monarca. El socorro necesario en la hora nefasta y todo el aviamiento precavedor de lo futuro llegaron como providenciales beneficios á los atribulados con un or-

(1) La publicación del número extraordinario de primero de año nos impidió insertar á su debido tiempo este artículo y el de doña Emilia Pardo Bazán que va en la página 54; mas como tratándose de tan insignes escritores, sus trabajos tienen siempre gran interés, creemos que nuestros lectores han de agradecerlos que los publicaremos aun después de pasada la oportunidad de momento.

den y un método admirables. Pusieron los despojos de aquel golpe cruelísimo en montón, y los guardaron más que si fueran cosa propia la gente aquella, cumpliendo así las órdenes de su caudillo. Descargaron todo el cargamento con prontitud increíble, y lo pusieron á buen recaudo, sin que marrase ningún asomo de auxilio, ni se perdiese la punta de un alfiler. El día 26 de diciembre, segundo de Navidad, visitó Guacanagarí á Colón, y encontrándolo muy compungido, reiteróle toda su amistad y brindóle con todo su concurso para en adelante. Agradeciéndolo mucho el descubridor, y se propuso aprovechar tales afectos en pro y en servicio de su descubrimiento. Y como no hay mal que no venga por bien, la detención esta prosperó mucho los planes del descubridor, dándole seguros indicios de futuras exploraciones y prácticos medios de aunar amistades con los naturales. En efecto, á poco de irse muy apenado el caudillo, presentáronse otros indios en canoa y trajeron al descubridor oro en mutuo cambio de cascabeles. Hombres aquellos muy cercanos á la naturaleza, prendábanse de todo cuanto á los sentidos se dirigía, y gustaban de los cascabeles por el son alegre suyo, acostumbrados como estaban al ronco fragor de las guijas, encerradas en troncos huecos y muy análogos en sus ruidos con las matracas groserísimas usuales desde tiempo inmemorial entre nosotros, bien diversas de las sonoras campanas.

Los historiadores próximos á los días del suceso refieren las mezclas que hacían los indios de nuestras recién oídas palabras con su idioma nativo, tan curiosas como los primeros pios de las avejillas anidadas en los árboles bajo las dos alas de sus madres, ó como los balidos del recental que pide la ubérrima teta. «Chuca, chuca cascabeles,» exclamaban pidiendo las bujerías aquellas, tan ruidosas como inútiles, con insistencia de todo punto infantil. Así aconteció que algunos, portadores de un pedazo de oro para cambiarlo por un cascabel, soltaban el objeto riquísimo pronto, como quien de cosa baladí se desprende, y tomaban las chucherías europeas de prisa, echando á correr con precipitación y volviendo á cada instante la cabeza con cuidado para ver si el cambiante se arrepentía de su oneroso cambio. Buenas gentes y envidiables que creían haber engañado á los españoles dándoles oro por cascabeles en aquella dichosa edad, que bien merecía compararse con la tradicional poética señalada por el desprecio de las riquezas y el contento con un puñado de bellotas en mano y una bebida de agua en manantial. Parece imposible pueda encontrarse tan cercana de nuestra positiva edad la edad aquella, en que los indios creían engañar á sus huéspedes trocando su oro por nuestros cascabeles. «Destos engaños — dice un escritor monje, cuatro lustros después, — destos engaños quisieran muchos cada día los españoles de aquel tiempo, y aun creo que los de este no los rehusarían.» Todos los objetos de latón privaban con prioridad en su candoroso ánimo. El sónico y lustre de tal materia, juntos con su flexibilidad, encantábanlos en términos que la buscaban codiciosos y la retenían avarientos. Llamábanlo «turye,» lo que significaba en su lenguaje primitivo, tanto como celestial. Y se proponían trocarlo por su oro. Inútil añadir cómo, estimado por Colón el precioso metal objeto primero de sus afanes y resultado primero de sus descubrimientos, holgábase con la disposición de los indios á entregarle tanta riqueza en cambio de tan pobres baratijas, y cómo concluiría en su psiquis mística la desventura del naufragio en ventura dispuesta por el cielo. Uniéndose con todo esto la generosa invitación del cacique á visitar sus tierras y las noticias de áureos provechos, tan aceptas al espíritu del descubridor y tan enlazadas con todos los fines de su épico viaje. Después de haber comido Guacanagarí en la carabela *Niña* con el almirante, comió el almirante con Guacanagarí en el Bohío, lugar de este último. En tales entrevistas le dijeron que había un punto llamado Cibao, donde se cogía el oro á flor de tierra y se daba de grado á todos por no tenerlo aquellos habitantes en estima ninguna. Cuando el nombre de Cibao resonó en los oídos del almirante, creyó habérselas con Cipango, y comenzó á levantar castillos en el aire y á creerse ya metido en el deseado imperio indio. Y conversando sobre la población y sobre la tierra de aquellas regiones con naturales tan francos de suyo, entendió en las confusas interpretaciones de cuanto le decían, quejas relativas al trato que les daban los vecinos caribes é hipérboles terribles respecto de la voracidad connatural á éstos. Así, ayudado en parte por las pésimas traducciones que hacía él de todo cuanto le contaban y en parte por los fantaseos propios de su imaginación creadora, creyó haber oído que le hablaban de una raza perversa en su naturaleza moral, y en su naturaleza física deforme, la cual raza, con un solo ojo en la frente, como los cíclopes

de la fábula, y una cabeza de perro en los hombros, y un rabo de mucha longitud en la espalda, manteníase con carne humana y bebía humana sangre arreo. Colón, en agradecimiento á las noticias recibidas de la soñada Cipango, les prometió auxilio de sus poderosos reyes contra los caribes y toda clase de gracias y de beneficios á ellos por su oro. Y comenzó tras esta conversación á ponerles ante sus ojos las ventajas todas de una civilización como la civilización hispánica, y el incremento que tomarían sus intereses con aceptarla; y al objeto de mostrarles el fundamento de lo dicho, puso al desnudo cuerpo de su salvaje amigo una camisa y le metió las dos manos callosas en sendos finos guantes. Obsérvase cómo las costumbres adaptan el traje á la figura, en cuanto vemos cualquier individuo ceñido con uno que no le cuadra, pues en ridículo cae sin remedio así que tal disfraz inadaptable á su cuerpo se viste. Cosa de risa y sainete la figura del cacique, modelada por aire y luz en libertad y adherida por sus costumbres naturales al suelo, como un vegetal, ó moviéndose con movimientos casi animales, vestida de los arreos propios á la más alta civilización y cultura, los cuales reñían á una con todo cuanto él era. Por lo que os parece un mono vestido de hombre, podéis deducir lo que os parecería un indio vestido de español, un indio enguantado. Se comprenden las costumbres de aquellos salvajes en cuanto se sabe que no conocían armas de ningún género, si debemos prestar crédito á lo trazado en su *Diario* por el almirante para información de los reyes. Contradice un poco esto lo aseverado en otro lugar por el mismo almirante acerca de las continuas guerras mantenidas entre los indios haitianos y los indios caribes; pero como sea Colón el singular testigo de todos estos hechos y su testimonio el único alegable, á él y á lo por él dicho necesitamos atenernos. Así añade que para más sorprenderlos y maravillarlos, envió á la carabela por un arco turquesco y unas flechas de castillo, y como un tripulante las ensayara, parecieron á los hijos aquellos de la pura naturaleza verdaderamente milagrosos. Pero cuando su asombro llegó hasta el terror fué al oír el estruendo de cañones y fusiles, disparados en salvas de regocijo, oídas por sus orejas, ignorantes de tal fragor, como nubes tempestuosas y horribles.

El fogonazo, el estampido, el humo dados por aquellas materias inflamables con tanta facilidad y resonantes con tal estruendo, los efectos suyos de verdadero estrago y exterminio, asombraron de modo tal á los indios, que todos cayeron por el suelo, lanzando alaridos de miedo y haciendo gestos de terror, cual si hubiesen visto llegarse á ellos la muerte. Así no debe maravillarnos la inmediata inducción hecha de todo cuanto veían y les circundaba respecto á la naturaleza divina de quien así podía manejar elementos parecidos á los que avivan el relámpago, retumban en el trueno y con el rayo caen desde las inaccesibles alturas sobre la honda tierra y sus misérrimos engendros. La color blanca, la mirada imperiosa, la reluciente armadura, la viril barba, el acero chispeante, la carabina mortífera, bastaban á una con la superioridad evidentísima suya sobre los utensilios y los rostros indios para revestir de caracteres sobrenaturales y divinos los huéspedes abortados por un océano parecido al cielo y hasta entonces en solemne soledad. Así los haitianos se postraron de hinojos ante los españoles y les reconocieron autoridad de naturales dominadores. Todo huésped les parecía santísimo, cuanto más aquellos huéspedes singulares y sobrehumanos. Colón por ende creyó la conquista moral de aquellos indios concluida y perfecta. Nada más natural que sellarla con alguna marca exterior de verdadera importancia, un castillo, por ejemplo, un fuerte improvisado, signos materiales y tangibles de soberanía efectiva en la Europa feudal y monárquica. Los restos de la embarcación á su fábrica sirvieron, y el auxilio de los indios cooperó al pensamiento de los españoles con tal diligencia, que bien de prisa el fuerte se levantó á los ojos de aquellas tribus tan dóciles y en el seno de aquella comarca tan virgen, tomando el nombre de Fuerte de la Natividad, puesto por Colón en memoria de su naufragio. Aquella toma de posesión, lejos de asustar á los poseídos, empeñóles más y más en su obediencia y acatamiento al poseedor, mientras á Colón sirvió para comenzar la conquista y descargarse de gente á su regreso, embarazosa cuando sólo disponía de la más diminuta entre sus carabelas, y captar voluntades en España, voluntades útiles, para ir de grado adonde tan de grado se quedarán los recién idos. Así pasó la primera pascua de nuestra Navidad en el Nuevo Mundo, y de tan humildes raíces brotó el árbol de la civilización cristiana que hoy lo cobija desde uno á otro polo para el progreso y para la libertad.

Madrid, 21 de diciembre de 1895.



La Transfiguración. Coronamiento del templete de la silla del arzobispo en la Catedral de Toledo

A los lectores de "La Ilustración Artística"

Encargado por los editores de este periódico de escribir una *efeméride artística* para cada uno de los números que han de ver la luz durante el año de 1896, puse manos á la labor, seguro de las dificultades con que había de tropezar para llevarla á cabo, tal y como LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA lo requiere. Halagábame la idea de ofrecer á mis constantes lectores una ligerísima síntesis — que á más no alcanza mi saber — de la historia de las principales y más famosas obras de arte que en la pintura y en la escultura se produjeron desde los tiempos de Grecia á los actuales, y tomé con doble empeño el salir airoso de tanto trabajo como significa rebuscar fechas, consultar biografías, monografías, diccionarios, libros de historia del arte, etc. Pero sinceramente declaro como aquellas dificultades de las cuales hablo más arriba, hicieron tan insuperables algunas durante mi trabajo, que á punto me llevaron, más de una vez, de rescindir el compromiso contraído.

No crean mis lectores que voy á contarles mis angustias y desfallecimientos; son tales relatos algo que pertenece á la vida íntima del escritor y que tan sólo en el seno de la confianza ó en momentos de victoria pueden ser contados y aun soportados por quienes los lean ó escuchen; pero sí creo pertinente decir algo en descargo de mi conciencia, harto más conturbada en estos instantes en que veo el ingente montón de cuartillas en las cuales he estampado cuanto he podido acopiar en breves meses, que si hubiese cometido un delito; aun cuando delito es no cumplir (sea por la causa que quiera), como merecen los lectores de este periódico, lo demandado y ofrecido. Mas á pesar de eso, y acaso por eso mismo, debo una explicación, y ahí va.

Dado el número de Diccionarios, ya biográficos puramente, ya enciclopédicos, que existe, las varias y completas historias del arte, monografías, biografías críticas de artistas célebres y otra serie de documentos de esta índole que continuamente están saliendo de las imprentas (en sus cuatro quintas partes, extranjeras), no es trabajo muy difícil reunir cincuenta y dos *efemérides* de artistas ilustres; no así número igual de fechas que conmemoren, bien el comienzo de una obra maestra de la pintura ó de la escultura, bien el día que se terminó ó descubrió, como acontece con las famosas estatuas griegas la *Venus de Milo* y la *Victoria de Samotracia*. Limítanse los datos históricos, en la mayoría de las veces, á decir el año, cuando más, la época del año en que ó se comenzaron las obras de arte de que hago mención ó se expusieron á la admiración pública; muy rara vez el historiador ó el biógrafo fijan el día; pues aun el mismo Vasari, biógrafo y contemporáneo de los más grandes



artistas que contó el Renacimiento en Italia, suele muy á menudo pasar por alto el dato de la fecha, ó la equivoca, como se ha podido hacer constar no ha mucho tiempo.

No pretendo, pues, por lo dicho, que absolutamente todas las *efemérides* que ofrezco en estas columnas sean irrecusables en cuanto á la fecha que les asigno; algunas verán cuantos las leyeren, que al lado de la fecha llevan el signo interrogante, como, por ejemplo, acontece con la *efeméride* del célebre cuadro de Rafael *El Pasma de Sicilia*. Tales interrogantes son para indicar que solamente del mes y año se tiene conocimiento, mas no del

día. Podía haber hecho otra página histórica respecto de la cual no hubiese duda; pero el valor artístico de la obra me obligó más de una vez, y cuando ya tenía escrito el artículo, á romper las cuartillas; pues solamente como muy secundaria ocupa un lugar en los anales del Arte la obra historiada.

Y aquí termino este prólogo ó advertencia, escrito para descargo de mis escrúpulos de escritor verídico, mejor que para señalar á los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA aquellos defectos, dudas y omisiones que puedan advertir en mi labor; pues sería ofender su cultura, cuando he menester tanto de su benevolencia para que estas *efemérides* sean miradas por ellos con la buena voluntad con que siempre han sabido leer mis trabajos.

R. Balsa de la Vega

LA TRANSFIGURACIÓN

Día 2 de enero de 1539

Comiézase la célebre sillería de la catedral de Toledo

El maestro Rodrigo ejecutara en 1495 la sillería *baja* dispuesta sobre la grada inferior del coro. Inspirárase el artista en los entusiasmos bélicos que enardecían entonces los ánimos; y la reconquista de Granada, acaecida tres años antes; las proezas realizadas por los guerreros cristianos; el aliento que hizo llevar nuestras armas vencedoras hasta Italia, proporcionaron al tallista escultor de la sillería *baja* de la catedral toledana asunto de carácter heroico para inmortalizar la epopeya de los últimos tiempos de la Reconquista, esculpiendo combates, asaltos de ciudades y castillos en los respaldos de aquellas sillas.

A cincuenta y cuatro alcanza el número de sillas en que esculpió el maestro Rodrigo los principales episodios de la llamada guerra de Granada; y para que no quedase duda alguna de que á los citados hechos de armas aludía en aquellos bajos relieves, grabó en cada tablero el nombre del castillo, ciudad, villa, batalla, combate que antecediera á la toma de la ciudad de Boabdil.

Cuarenta y un años después que terminara el maestro Rodrigo (empleó tres años en su obra) la citada sillería *baja*, Alonso de Berruguete y Felipe de Borgoña comenzaron, «partiendo — dice un elegante escritor é historiógrafo de arte español — el campo como buenos justadores,» la obra magna de terminar la sillería. El de Borgoña esculpió las sillas del lado izquierdo, y las del derecho Berruguete. No intentaré aquí una descripción de esta obra de arte, verdadera maravilla del Renacimiento; tarea es esta que ocuparía gran espacio y que además no encaja por entero en el motivo de esta *efeméride*. Solamente

haré constar que mientras el citado maestro Rodrigo esculpía escenas bélicas, Berruguete y Borgoña buscaron en el Antiguo y en el Nuevo Testamento los motivos de sus hermosas obras, tallando en el mármol profetas, santos, apóstoles y escenas de la vida de Jesús.

Murió Felipe de Borgoña en los últimos días del año 1543, cuando ya terminara, ó estaba en punto de ello, las sillas que le correspondiera esculpir; quedóse, pues, solo Berruguete y hubo de trazar y realizar la magna obra de la silla del arzobispo que debiera esculpir su rival.

En el coronamiento del templete, bajo el cual está la silla, el insigne discípulo de Miguel Angel desplegó todas las energías de su genio y la grandiosidad de su estilo. Es tal coronamiento el grupo de *La Transfiguración*, que recuerda el célebre cuadro de Rafael Sanzio, y que, como él, se ajusta al texto del Evangelio de San Mateo, que dice:

«Y después de seis días, toma Jesús consigo á Pedro, y á Santiago, y á Juan su hermano, y los lleva aparte á un monte alto:»

«Y se transfiguró delante de ellos. Y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestiduras se pararon blancas como la nieve.»

«Y he aquí, les aparecieron Moisés y Elías hablando con él.»

«Y tomando Pedro la palabra, dixo á Jesús: Señor, bueno es que nos estemos aquí: si quieres, hagamos aquí tres tiendas, una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías.»

«Él estaba aún hablando, cuando vino una nube luminosa que los cubrió. Y he aquí una voz de la nube diciendo: Este es mi hijo el amado; en quien yo mucho me he complacido: á él escuchad.»

«Y cuando lo oyeron los discípulos, cayeron sobre sus rostros y tuvieron grande miedo,» etc. (San Mateo, cap. XVII.)

Talló Alonso de Berruguete el magnífico grupo de *La Transfiguración* en una pieza de mármol extraído de las canteras de Cogolludo en la provincia de Guadalajara. Seis son las figuras que aparecen en la composición. La de Cristo, llena de majestad; la de Moisés, enérgica é imponente, y no menos enérgica la apocalíptica de Elías. La silla y este grupo lo realizó todo Berruguete en el espacio de cinco años y percibió la suma de 43.892 reales.

Reconócese inmediatamente la mano del insigne maestro en *La Transfiguración*, y sin necesidad de un examen muy detenido, en todas las demás figuras y sillas por él esculpidas. Mas con especialidad en el grupo dicho y en las efigies de los apóstoles de la izquierda del frente del coro, la energía del modelado, la traza vigorosa y sobria, la grandeza con que concebía el tipo y la clásica majestad de la decoración, distinguen fuertemente su obra de la de su contrincante, el famoso Felipe de Borgoña, en quien, por el contrario, la nota dominante de su estilo era la gracia y la morbidez (á menudo confundida con la suavidad). Si en las figuras por éste esculpidas, las redondeces de forma, la elegancia gentil de los movimientos, la riqueza en el detalle de la indumentaria son cualidades que las distinguen, las de Berruguete, comenzando por el rigorismo histórico de las vestiduras y concluyendo por lo atrevido de las actitudes y el acuse de poderosa musculatura, traen á la memoria la escuela florentina, á cuya cabeza se pusiera el gran coloso de la escultura del renacimiento italiano, el autor de las pinturas de la Sixtina.

Precisamente esas energías de línea, de actitudes, de expresión, de concepto, se ven determinadas de un modo claro en el grupo *La Transfiguración*. Quien conozca un poco estilos y escuelas, no puede

sustraerse al recuerdo de la influencia de Miguel Ángel, como hombre y como artista, en el temperamento de Berruguete. Copiárale largos años, pintara y modelara bajo la dirección del grande amigo de Julio y de León, bebiera en las fuentes mismas del Renacimiento, y aportó á toda su obra, aun á la que hubo de realizar en los últimos años de su existencia, el gusto avasallador del arte italiano, mejor dicho, del de Florencia.

Las atrileras que sobre columnas estriadas se ven á los lados de la silla arzobispal, no son de mano de Berruguete, como tampoco el grupo de niños con que rematan. Mas no por eso son menos dignas de encomio, así como los bajos relieves en bronce que las avaloran. Ejecutáronse veintiséis años después de terminada la silla, y los artistas fueron los Vergaras, padre é hijo, quienes cobraron por su trabajo, después de muchos dimes y diretes, 72.722 reales.

No he de terminar esta efeméride sin hacer constar que la obra de la sillería se realizó bajo el reinado de Carlos V, y siendo arzobispo el célebre Tavera, que había de immortalizarse tanto ó más que por sus hechos por haber encargado á Berruguete su propia efigie en mármol para su sepulcro. El cabildo catedral regido por Tavera fué quien mandó poner en ambos lados del coro la siguiente inscripción: *Anno sal. MDXLIII sant. dom. nost. Paulo III pont. max. imp. Carolo V augusto rege. illus. card. Joan Tavera ven. antist. subselliis suprema manus imposita. Didaco. Lup Ajala vic. prof. fabricæ - Signa, tunc marmorea tunc lignea, calaverè hinc Filipus Burgundio ex adversum Berrugetus hispanus; certaverunt tunc artificum ingenia, certabunt semper spectatorum iudicia.* A las encomiásticas afirmaciones de esta inscripción puede añadirse lo que uno de los más ilustres críticos franceses dice de Berruguete con motivo del grupo *La Transfiguración*: « Brillan - dice - en esta obra, como en las principales de escultura del gran artista, la grandeza de la forma, la nobleza de los caracteres, la ciencia anatómica y el vigor del modelado, digno de tan insigne discípulo de Miguel Ángel. La corrección del dibujo es en Berruguete irreprochable. » Teófilo Gautier, al contemplar *La Transfiguración*, las efigies de los apóstoles y el sepulcro del cardenal Tavera, exclama: « La tierra cocida más blanda y fácil de modelar no la maneja ningún escultor con más libertad que Berruguete este mármol. ¡Parece barro petrificado! »

R. Balsa de la Vega

LAS MAÑANAS DE MADRID

EL CAFETERO AMBULANTE

Algunos puñados de café anónimo, que ya dejó cuanto tenía de tal en las estañadas vasijas de Fornos ó del Suizo; una docena de mendrugos de pan quemados sobre las ascuas y triturados luego con el almirez; medio kilogramo de higos secos, de los más baratos que se venden en la plaza de la Cebada y un buen puchero de agua hirviendo, y ya tiene el Pachín su cafetera lista.

Terminada esta grandiosa y delicada operación química y puesta la lumbrera correspondiente en la parte inferior del receptáculo, el buen asturiano echa una ojeada al exterior por la estrecha ventana de su buhardilla, cerciorándose de que hace un frío de padre y señor mío, amenizado por húmeda y pegajosa neblina y por un vientecillo del Guadarrama que hace chuparse los dedos de gusto al transeunte madrugador, en vista de lo cual determina ponerse su abrigo, consistente en un pingajo de bufanda con el que se

da unas cuantas vueltas al cuello. Al observar esta precaución que indica gran descenso en la temperatura, la *señá* Bernarda, digna consorte de Pachín, acreditada *churrera* de la plaza del Progreso, descuelga de un clavo un pedazo de manta que se echa sobre los hombros, sujetándola en torno de la cintura con un delicado trozo de cordel, y hete aquí á los dos industriales dispuestos á la lucha por la existencia, como diría un darvinista, ó á ganar la puchera, como ellos dicen sin meterse en filosofías.

Una copita de aguardiente del peor que se falsifica en España sirve á los esposos para *tomar la maña*

- Allá van en seguidita, señores.

Y abierta la espita del artefacto, sale el humeante líquido, que absorben con delectación los aurigas en desportillados vasos de vidrio, mientras el expendedor, haciéndose el distraído, finge contar los buñuelos que contiene un canasto, compañero inseparable de la cafetera, con el santo fin de animar á los parroquianos á gastar dos céntimos más en uno de aquellos productos de la repostería popular.

- Oye, Toribio, dice entonces el cochero humorista, dirigiéndose á su compañero: ¿cuántos te comerías?

- ¡Oh, nun se puede asegurar! Me creu que lu menus cuatro docenas.

- ¿Nada más? ¡Qué desganao estás, hombre!

- Eso es una miseria, observa Pachín. Tengo yo un parroquiano en la calle de la Cabeza, que el día de San Isidro se comió ciento ochenta y dos, ni uno más, ni uno menos.

- ¡Eso ya es una cosa decente!; pero cuatro docenas... ¡quita, hombre, no sé cómo no se te cae la cara de vergüenza! ¡Mal gallego!

- Mira, dice entonces el cafetero. Me quedan treinta y tres, podías probar á ver qué tal te portabas.

Toribio, avergonzado por los justos reproches de su compañero, mira el canasto con aire de tragarse, no sólo el contenido, sino hasta el continente, con tal de dejar bien sentado el pabellón de la terriña.

- No tiene éste arranque. Es de Pravia. Estoy seguro que si estuviera aquí Jeromo el de Piloña ya no quedaba un buñuelo.

- Claro, es lo regular.

- Andar y que sus lleve el enemigu. Nun tengu más que un *perru* grandón y quieren que me coma treinta y tres *buñuelus* que á dos *sentimitus* son...

- Sesenta y seis céntimos, compañero.

- ¿E tú lus pagas?.. ¿No? Pues entonces nun fales más. *Pagan-du* *otru* me comu yo siempre una *ducena* más que *Jeromu* el de *Piloña* ú *nun* me llamu *Toribiu*.

Pachín comprende que todo aquello no pasará de conversación, y recogiendo sus vasos y los diez céntimos que le dan los simones abandona su grata compañía y se dirige en busca de un grupo de traperos, barrenderos y otras gentes *ejusdem furfuris*, situado en una bocacalle próxima. Allí la misteriosa pócima obtiene gran despacho y en torno del cafetero se establece la más animada tertulia.

- ¡Huy!, exclama Juanita, doméstica de poco pelo á quien su ama envía muy tempranito á la plaza de los Mostenses. ¡Y qué poco azúcar tiene hoy esto, tío Pachín!

- Es que los higos están caros, responde sentenciosamente Nemesio, individuo distinguido del gremio de albañiles.

- ¿Cómo higos?, responde el cafetero; azúcar y del bueno es lo que pongo, del mismo precio del que gastan en el Oriental. ¡Ande, ande el movimiento, quién quiere otro! Chiquilla, toma un buñuelito y verás qué cosa más rica mojado en el café.

Juanita vacila ante la tentadora oferta; pero duda pensando de dónde saldrá el extraordinario en cuestión, pues la compra es escasa y su dueña le ajusta las cuentas mejor que el más experto contador del Tribunal del ramo.

- No se puede, tío Pachín, están las cosas muy apuradas.

- Porque eres tonta, dice Nemesio. Yo si fuera que tú me tomaría lo que me diera la gana. ¿Pa qué están los burgueses mayormente? Pa pagar lo que se ofrezga. Peseta arriba ú abajo. ¿Digo algo?

- Si usted estuviera sirviendo en la casa donde yo estoy, no diría eso; hay día que aún tengo que poner dinero de mi bolsillo.

- Puede.



SILLA ARZOBISPAL EN EL CÒRÒ DE LA CATEDRAL DE TOLEDO, obra de Berruguete. (Véase la efeméride artística)

na y quitar las telarañas del sentío, según afirma Pachín, y pocos minutos después el cafetero y la churrera bajan la empinada escalerilla de su morada de la calle de la Pasión y se pierden en el dédalo de callejas de los barrios bajos.

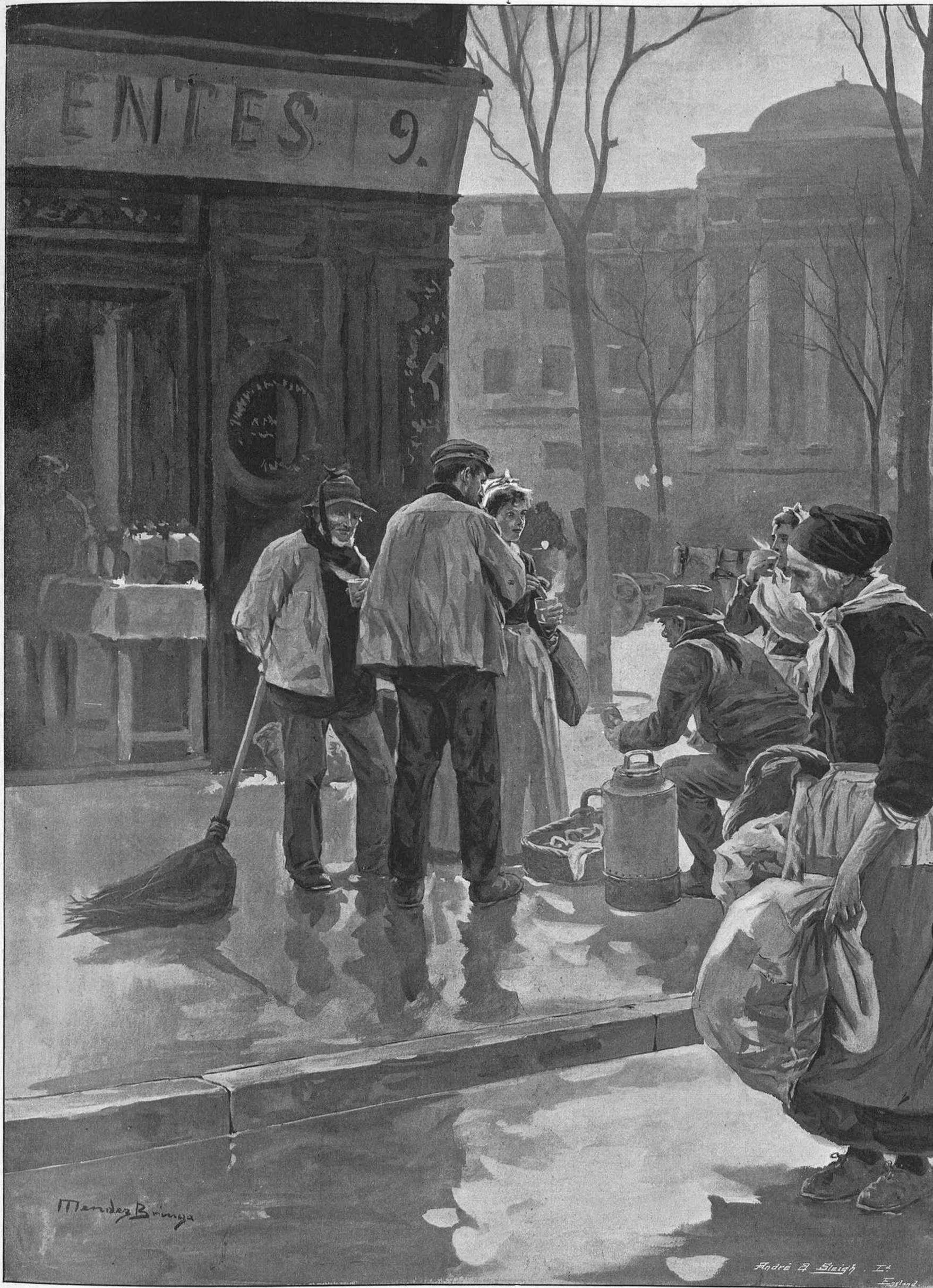
Media hora más tarde el activo astur se encuentra en las inmediaciones del Congreso. Al oír la conocida voz de Pachín que pregona su mercancía, dos mirones que pasean por las aceras del Palacio de la representación nacional dando fuertes patadas en las losas para combatir el frío, lanzan un grito de satisfacción y se adelantan al encuentro del cafetero.

- Anda, hombre, dicé uno de ellos, procedente de la ilustre villa de Pravia, que hoy bien se te pegaron las sábanas. Ya *dierun* las seis y media...

- Es que habrá tenido que ir al Palacio Real á servir el café, añade el otro, que se las echa de gracioso.

- *Salú*, caballeros, contesta Pachín. ¿Quién quiere?.. ¿Quién lo bebee? ¡Que viene quemandoool!..

- *Buenu, buenu; menus gritus* y más *esaztitzuz*; echa una taza.



LAS MAÑANAS DE MADRID.-EL CAFETERO AMBULANTE, dibujo de Méndez Branga

(Véase el artículo del Sr. Danvila Jaldero)

- Vaya. En una compra de cinco reales no hay escape.

- Pues hija, dice Pachín, ¿dónde estás?, ¿en casa de la duquesa de Medinaceli?

- Casi. Ahí en el 7, cuarto quinto de la derecha, interior; una señora sola que tiene dos pupilos que...

- Veas á ver si quiere admitir también á este cura, interrumpe Nemesio.

- ¿Y la Gervasia?, ¿qué vas á hacer de ella?, pregunta una tramera que se ha acercado á tomar su café.

- ¿La Gervasia?.. Ya me tiene más frita la sangre...

Si no fuera por el clero, estaría uno como el pez en el aire, pongo por caso. Pero así, calla, chica, que desde el punto y hora en que se ha metido á eclesiástica, no se *pue* vivir. Que si hoy es domingo, y tú y yo y el otro lo que queremos es tomarnos unas tintas ú comernos unos callos; pues *na*, comienza ella: «Que tienes que ir á ver un pedazo de misa,» y dale machaca hasta que te hace ir á la iglesia; y claro, ya sales *disgustao* y se te quita el humor *pa too* el día; cuanto que si por la mañana tempranito te tomas una cuartilla de lo tinto y una lata de sardinas, ya estás *animao pa un sin fin* de horas.

- Hombre, para todo hay tiempo, observa un viejo barrendero, y un sermón es un sermón, y una copa es una copa.

- Mira qué otro presbítero, exclama el albañil; tú, como ya vas *pa Villavieja*, hablas así; pero lee el almanaque de *Las Dominicales* y te desengañarás del fanatismo, que nos tiene *perdiós*. También la Gervasia quería que entrara yo en una cofradía de no sé qué, y yo le dije, digo: ¿Qué beben esos? *Na*, pues no me da la gana. Así, clarito; el hombre ha de tener carácter.

- Vaya, vaya, interrumpe el cafetero, á tomar otro vaso. Anda, tú, arrima la escoba y toma canela fina.

- No me lo consiente el cuerpo, Pachín; tengo irritación en la vista.

- Pues esto te la aclara mejor que todas las porquerías de la botica.

- ¡Ca! Si el curandero de las Peñuelas dice que me pone bueno en menos de una semana, sin más que llevar en el bolsillo tres garbanzos envueltos en un papel en que él escribe unas oraciones. Lo que tiene es que ya he *empezao un porción* de veces y siempre se me pierde el papel ó algún garbanzo.

- *Ustex* era bueno para servir á mi ama, dice la Juanita, que sabe cuántos garbanzos entran en medio *kilo* y los cuenta cuando los llevo, y si no están cabales se arma la gorda.

- Pues tú en venganza te tomas hoy dos buñuelos, dice Nemesio.

- No me decido. Convideme usted.

- Con mucho gusto, lucero matutino. Pachín, sírvete á la señora.

La señora no se hace de rogar por aquello de que cuando pasan rábanos comprarlos, tras de lo cual emprendió su caminata hacia el mercado de los Mostenses, acompañada largo trecho por el albañil, que con tal motivo llega tarde á la obra, mereciendo una reprimenda del encargado, al que Nemesio indignado califica de «presbítero,» epíteto muy merecido por la inicua pretensión de querer que todo el mundo esté en su puesto á la hora señalada.

Entretanto Pachín ha recorrido medio Madrid; ha vaciado la cafetera y el canasto, llenando en cambio el bolsillo de calderilla, y endereza el rumbo hacia la calle de la Pasión. Antes, sin embargo, hace alto en la plaza del Progreso, junto al puesto de churros de su cara mitad, donde sirve el último vaso al Sr. Matías, su vecino y guardia municipal del Excmo. Ayuntamiento, que se desayuna todos los días gratuitamente, zampándose con majestuosa *diznidad*, como él dice, el café mistificado de Pachín y unos cuantos churros de la Bernarda, á cambio de lo cual dispensa al industrioso matrimonio la más decidida protección permitiéndole ciertos excesillos penados en las Ordenanzas de la villa y corte.

- Ahora, dice el Sr. Matías liando un cigarrillo que sirve de epílogo á su *lunch* matinal, á quitar el puesto y retirar los trebejos, que ya es tarde y pudiera darle la gana al Inspector de meterse en lo que no le importa.

Y luego, dirigiéndose á Pachín, añade con aire entre severo y cariñoso:

- Hoy, por lo que veo, te has escapado de tomar la papeleta. Vaya, hombre, todo sea por Dios. Has defraudado quince céntimos al Municipio, grandísimo tuno. Bien, bien; así me gusta, que se ahorre uno lo que se pueda. Conque á ver si cuando yo llego á la esquina de Relatores está el puesto en marcha. Hasta mañana y mucha economía.

Los esposos saludan cariñosamente al guardia, recogiendo el puesto cuando les da la gana, mejor dicho, cuando se acaba la venta, depositando luego los trastos en una taberna inmediata, en donde almuerzan

un buen plato de *gallineja* sazonada con sendos tragos de peleón, sin acordarse para nada del café confeccionado por ellos, porque como dice Pachín confidencialmente á su querida parienta:

- Eso no es más que un lavatorio de tripas y un despertador del hambre...

A. DANVILA JALDERO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

NOCHEBUENA

Mediana habrá sido para muchos este año. Las tristezas de la ausencia, los sobresaltos del miedo y la incertidumbre, lo caliginoso del horizonte, apagan casi las lucecillas misteriosas del pesebre y los resplandores de la estrella de Belén. Los hogares donde falta el padre, el esposo, el hijo, ¡cómo han de estar de fiesta!

No sé si á causa de la gran calamidad de la guerra ó porque llovía, Madrid no ofreció en estos típicos días su animado aspecto de otros años. Hubo menos puestos de comestibles; la incitante exhibición de las confiterías y tiendas de ultramarinos se diría que ha disminuído también, aun cuando alegran la vista los empingorotados ramilletes y los colores de oro y rubí de las botellas; por la calle apenas se oyeron sonajas, ni zambombas, ni guitareo, ni cantares; la gente no anda en estas fiestas, como solía, de prisa y expansivamente, codeándose, saludándose entre risas, sino que desfila grave, preocupada, carilarga, como si acabase de recibir algún noticia funesto. «¡Qué añoito!» murmuran, meneando la cabeza, hasta los que parecen, á primera vista, favorecidos de la fortuna. Y es que todos sienten cruzar por su sien el hábito glacial del temor. El bolsista piensa en la baja; la niña, en el novio que se fué á Cuba y no escribe; el comerciante, en los malos negocios, en la suspensión de pagos; el artesano, en que no se trabaja; el empresario, en que va á principiar la escabrosa, la dura la larga *cuesta de Enero...*, y las sonajitas del villancico, que tan jubilosas repicaban en los hogares, permanecen mudas, y el Niño Dios, al bajar á este mundo, lo encuentra más mísero, más dolorido, más amargado que hace mil ochocientos y pico de años...

Lo único que persevera en España; la única firme y durable de nuestras instituciones, es la lotería. Como sobre todo y contra todo se puede escribir, y las opiniones son libres, la lotería ha padecido y padece igual oposición que los toros. Según dictamen de ciertos moralistas enfáticos y comineros, España demuestra poco amor al trabajo, porque la lotería, embobando y meciendo con quiméricas ilusiones á los españoles, les roba la energía necesaria para emprender y cumplir la cotidiana tarea. Desde que el español tiene en el bolsillo el pedazo de papel en que fía para atrapar á la fortuna, deserta del taller si es obrero, suelta la azada si es jornalero, clava en el acerico la aguja si es costurera, y si es hortera cesa de medir y de doblar varas de tela, y se pasa el día tumbado y la noche entre sueños de oro, para recibir, al celebrarse el sorteo, la cruel decepción, compensada por las ilusiones nuevas del sorteo próximo. Y si tales son los perniciosos efectos de la lotería sobre las energías del pueblo que trabaja, sus efectos morales también pueden calificarse de desastrosos, toda vez que por la lotería los españoles son una nación de jugadores y timberos, presidida por el banquero ó *groupier*, que es el Estado.

Cuando se oyen ó leen estas cosas, hay que realizar un esfuerzo crítico y acordarse de que nada extravía tanto el juicio como el afán de moralizar á troche y moche y la manía de atribuir á mínimas causas grandes efectos. Entrad en cualquier taller, en cualquier fábrica - por ejemplo, la de tabacos de mi pueblo - y mirad con qué silencioso ardor, con qué actividad infatigable avanzan las obreras en su labor monótona. Diríase que no piensan más que en enrollar el pitillo ó en liar el puro. Pues estad ciertos de que cada una de esas mujeres archiva en la faltriquera el número del décimo en que lleva participación, y que ese número, grabado en letras de fuego en las casillas de su cerebro, brillando como un faro, la anima, la consuela, la ayuda á soportar el peso de una existencia de afanes y de trabajo continuo.

Básase la lotería en un concepto profundamente filosófico: el mortal necesita la esperanza, más aún que la felicidad misma. «Sólo con el cebo de la esperanza se traga el anzuelo de la vida,» dijo el poeta. Y ¿qué esperanza habrá que más barata se compre y que más divierta y regocije que la de la lotería, en especial la de Navidad? El que ve próximo á terminarse un año, con todo su acompañamiento de cuidados, penas y fatigas, sueña muy á gusto que el Niño va á traerle en sus manecitas inocentes un rayo de dicha, el bienestar y el descanso para el año venide-

ro. El júbilo de la Navidad anuncia el júbilo del *premio*... Y apenas el desengaño ha tendido su cendal gris sobre el alma, vuelve la esperanza, invisible tejedora, eterna sirena de melodioso canto, á entrelazar sus hilillos de oro y á murmurar dulcemente: «El año que viene será.»

Ni es la de la lotería una esperanza de esas que engañan por engañar. Es una realidad que para los corazones generosos y altruistas compensa el chasco propio con la fortuna ajena. Contribuimos con un óbolo para que otro recoja un tesoro. Nuestro sacrificio es chico, y la obra de caridad que resulta es grande. Todos conocemos gentes á quienes la lotería hizo dichosas. ¡Excelente contribución indirecta, ideal de las contribuciones, que el contribuyente paga tan á placer! Merece notarse que el Estado, nuestro constante enemigo, que se pasa la vida dándonos desazones, sólo ha conseguido poner de acuerdo su interés y nuestro recreo en esta bendita máquina de la lotería. Sin coacciones, sin vejámenes, sin expedientes, sin moratorias, pagamos nosotros y paga él, todo á tocateja, todo de buena voluntad, todo sencillo, todo fácil. De la legalidad del sorteo, nadie duda. Este año Portugal nos arrebató doce millones, y se los mandaremos tan campantes, como si no tuviésemos otra cosa de más prisa y se nos estuviesen pudriendo en el bolsillo esas pesetas.

Uno de los síntomas de nuestro abatimiento en la hora presente, es que se habló poco de *cenar*; la gozosa solemnidad de otros años pareció desterrada de los salones de Madrid. Cierzo que las cenas con misa del Gallo no están en olor de santidad ni mucho menos. Aún parece que vibran en el aire los anatemas que lanzó sobre esa mezcla de lo religioso y lo profano y gastronómico el muy reverendo cardenal arzobispo de Toledo D. Antolín Monescillo. Aunque la misa del Gallo es ceremonia de suyo alborozada, debe guardar aquel decoro que sienta bien á todos los actos de devoción y reverencia. San Francisco de Sales, en una obra primorosa, la *Vida de la Virgen María*, extraída de sus escritos por el jesuita padre Clair, nos pone de manifiesto que el Nacimiento no es solamente alegría, sino que encierra muy graves enseñanzas, casi tanto como la Pasión. «Nuestro Señor - escribe el Santo - vivió siempre en entera abnegación de todo placer sensual. Desde su entrada en el mundo privóse del recreo de los sentidos, y al nacer lo primero que sintió fué un frío riguroso: esto en cuanto al tacto. Para el olfato, ¿qué suavidad y qué aromas ha de haber en un establo? Para el oído, ¿qué música teniendo al lado un asnillo y un buey? El único recreo del Niño fué la celeste leche que fluía de los puros senos de la Virgen, y es preciso confesar que vencía en buen sabor al vino más delicioso.» Con la pobreza y la humildad de este cuadro, realmente forma contraste violento el espectáculo de una misa del Gallo «con cena.»

Profusamente iluminado el salón, donde los convidados aguardan, las conversaciones son bien ligeras, bien mundanas, bien ajenas á los inefables recuerdos que evoca esta noche en que comenzó la redención de la humanidad. Háblase de política, de lances de amor y fortuna, de naderías, y del Misterio no se acuerda nadie. Las damas lucen brocados y sedas, terciopelos y encajes, y sobre sus gargantas de marfil y entre las ondas de su bien peinada cabellera los diamantes irradian luces. Al brazo llevan el pedazo de blonda, la mantilla blanca ó negra que han de echar por su cabeza y sus hombros, para obedecer á la costumbre, cuando se abran las puertas del oratorio y sea preciso adoptar el respetuoso continente que las circunstancias imponen. La atmósfera es tibia, y en ella flotan aromas leves, penetrantes, el olor de las flores que se esponjan en los jarrones, de las gardenias que marchita el calor de los pechos donde se lucen, de las aguas de tocador y de las brillantinas y aceites con que el peluquero ha lustrado los cabellos y las barbas de los hombres. Otros años, la gente joven confesaba una gran preocupación: ¿se bailará ó no se bailará después de la cena? Este año ni aun se formuló tal pregunta, pues la guerra en la gran Antilla ha suprimido, por una especie de tácito convenio en que el patriotismo y la desanimación se confunden, el baile. No se bailará, pero se cenará con tanta mayor expansión, cuanto más acongojado estuviere el ánimo antes del festín; se olvidarán por un instante todas las ansias, todas las amenazas de este negro año y del que se acerca, y que no ha de ser color de rosa; el vino espumoso que lleva en sus dorados cristales la luz del placer rebosará en la finísima *mousseline*, y el néctar del ingenio se desbordará de los labios, con la agradable cháchara, quizás despellejadora y á veces elogiosa - pues es un lugar común el asegurar que en los salones se murmura siempre. - Ni son estas pláticas mundanas (haciendo abstracción de si cuadran ó no cuadran con la fiesta de Navidad)

tan vacías y tan insulsas como algunos creen. A veces son el buen sentido en chispazos, el talento y el juicio en calderilla, la gracia en confites y la cordialidad en su más amena forma.

Una cena donde se charla, es una conquista de la sociabilidad humana; pues los griegos, el pueblo de la cultura, empezó por comer sin despegar los labios: una flautista reemplazaba el ruido de las conversaciones. Separados los hom-



BEH SHERBRO DE YONNI, un jefe del Africa occidental, entre dos subjeses

bres de las mujeres, engullían y callaban. Un convidado, que debió de pasar entonces por atrevidísimo innovador, propuso una noche hablar *sobre algo*. Cayó bien la novedad y fué elegido para tema de la disertación el *elogio del amor*. Fedro, Pausanias, Eriximaco, Aristófanos, disertan por turno sobre tan sugestivo asunto; y Sócrates mismo, que se cuenta entre los convidados de aquella noche, toma la palabra antes de que Alcibiades, coronado de hiedra y violetas, ebrio, titubeando, venga á caer al lado de su amigo, y le suceda en la tarea de hacer el panegírico del amor, mientras deshoja su corona en la copa de vino de Chipre...

Desde la especie de academia del convite griego á la conversación alada y motejada de nuestros salones, todavía hay gran trecho; hoy lo que más se detesta es la pedantería y los temas señalados de antemano: se habla de lo que salta, de lo actual, y se ríe á expensas de lo que se olvidará antes de haber transcurrido veinticuatro horas.

¿Y qué harán en estos días solemnes de Navidad y principio de año, en esta noche que no se parece á ninguna otra, los que la patria envió á defenderla en el otro hemisferio, los que aún sienten tal vez en las mejillas el beso de la madre y aún creen ver la llama de sus lares calentando la familiar olla? Por grato que sea el lucir de las constelaciones que tachonan el espléndido firmamento de Cuba; por rica que sea la vegetación de la manigua y por templado que corra el aire, ¡cuánto echarán de menos la nieve, el aguacero, la ventisca, el frío riguroso, la desolación del paisaje, la soledad de los campos castellanos ó aragoneses, y la misa del Gallo en la pobre iglesuela de aldea, y el regreso á la luz de los faroles vacilantes, para encontrar ya hirviendo en casa la sopa de almendra y colmado el jarro de mosto!

EMILIA PARDO BAZÁN

NUESTROS GRABADOS

Los «Tassos» del Africa occidental.— En la reciente coronación del Sherbro, como Sokong ó jefe supremo del país de Imperrí, en la colonia de Sierra Leona (Africa occidental), se ha observado una curiosa costumbre indígena, que á muy contados europeos les había sido dado presenciar hasta ahora, por no ser frecuente y hacer ya muchos años que no se había practicado. Esta costumbre consiste en la comparecencia de ciertos individuos de una sociedad secreta conocida con el nombre de «Tasso», sociedad en gran parte misteriosa y que constituye una hermandad tan venerada como temida de los pueblos del Imperrí. El poder que entre éstos tienen dichos sectarios es inmenso, y les da una completa preeminencia sobre el Sokong y hasta pueden oponer una especie de veto, si así les parece, á las leyes y disposiciones propuestas por este jefe.

Estos hombres aparecen en nuestro grabado, con sus trajes extraños y bárbaros, á ambos lados del nuevo Sokong y de su primer ministro, los cuales están sentados en el centro del grupo: aquél lleva en la cabeza un sombrero europeo de copa alta encajado sobre un blanco turbante, y en el momento en que está retratado «Poró», bosque que se halla á la espalda, y se presenta por primera vez á la vista de sus súbditos, después de practicadas todas las ceremonias de la coronación; pero como aquí sólo nos proponemos ocuparnos de los Tassos, prescindiremos de las demás particularidades de este original jefe africano.

Desde luego conviene fijarse especialmente en los trajes singulares que llevan estos hombres, y sobre todo en su enorme tocado, que tiene unos tres pies ingleses de altura y un peso tan considerable que sólo pueden llevarlo cuando no están activamente ocupados. Consiste en una gran armazón de cañas combadas; los cráneos humanos y los fémures puestos sobre la parte que va metida en la cabeza pertenecen á Tassos difuntos y sólo pueden sustituirse por los de otros individuos finados de la misma hermandad. Remata este tocado en un gigantesco penacho de plumas de diferentes aves y que por lo general mide tres pies de diámetro. La vestimenta usada por esta gente no es menos bárbara y se compone de una especie de red de la cual penden varias pieles de animales; alrededor de la cintura llevan atadas gran número de fibras que forman á modo de un faldellín, y sujetas á las rodillas muchas piezas de hierro hueco, de las cuales cuelgan anillos del mismo metal, que resonando al andar, producen un ruido desagradable y gran molestia.

Los Tassos no ejecutan nunca danzas, y esta parte principal de las ceremonias africanas las desempeñan los «Lagas» y sus compañeros, que están subordinados á aquéllos. Los Lagas en esta ocasión deben colocarse á la derecha de los Tassos, abrazado el escudo y salpicado su negro cuerpo de grandes manchas blancas: agrupados detrás de ellos se sitúan sus hijos.

Si un Tasso muere en una ciudad no se le debe enterrar en ella, sino en el bosque, porque la ley prescribe que ninguna mujer puede mirar un Tasso difunto, y cuando fallece en una ciudad un «Poró» ó ley, se obliga á las mujeres á ocultarse hasta que se ha quemado su cadáver. La ley del «Poró» es tan imperativa que se puede enviar al bosque á todos los habitantes de una ciudad en pocos minutos, pero á veces acontece que su ingénita curiosidad induce á una mujer á ingresar en la hermandad y á averiguar de este modo algunos de los misterios del «Poró.» La superstición en estos casos es causa de que resulten trastornos mentales, y que durante este estado morbo las mujeres hablen de lo que han hecho y visto; entonces se la llevan al bosque «Poró» la inician en los derechos de la asociación, y desde [aquel momento se considera á tales mujeres ni más ni menos que á los hombres del «Poró,» viniendo á ser francmasonas prácticas. En la ceremonia de que queda hecha mención formaba parte de la regia comitiva una mujer «Poró,» y en la ciudad había otras tres.

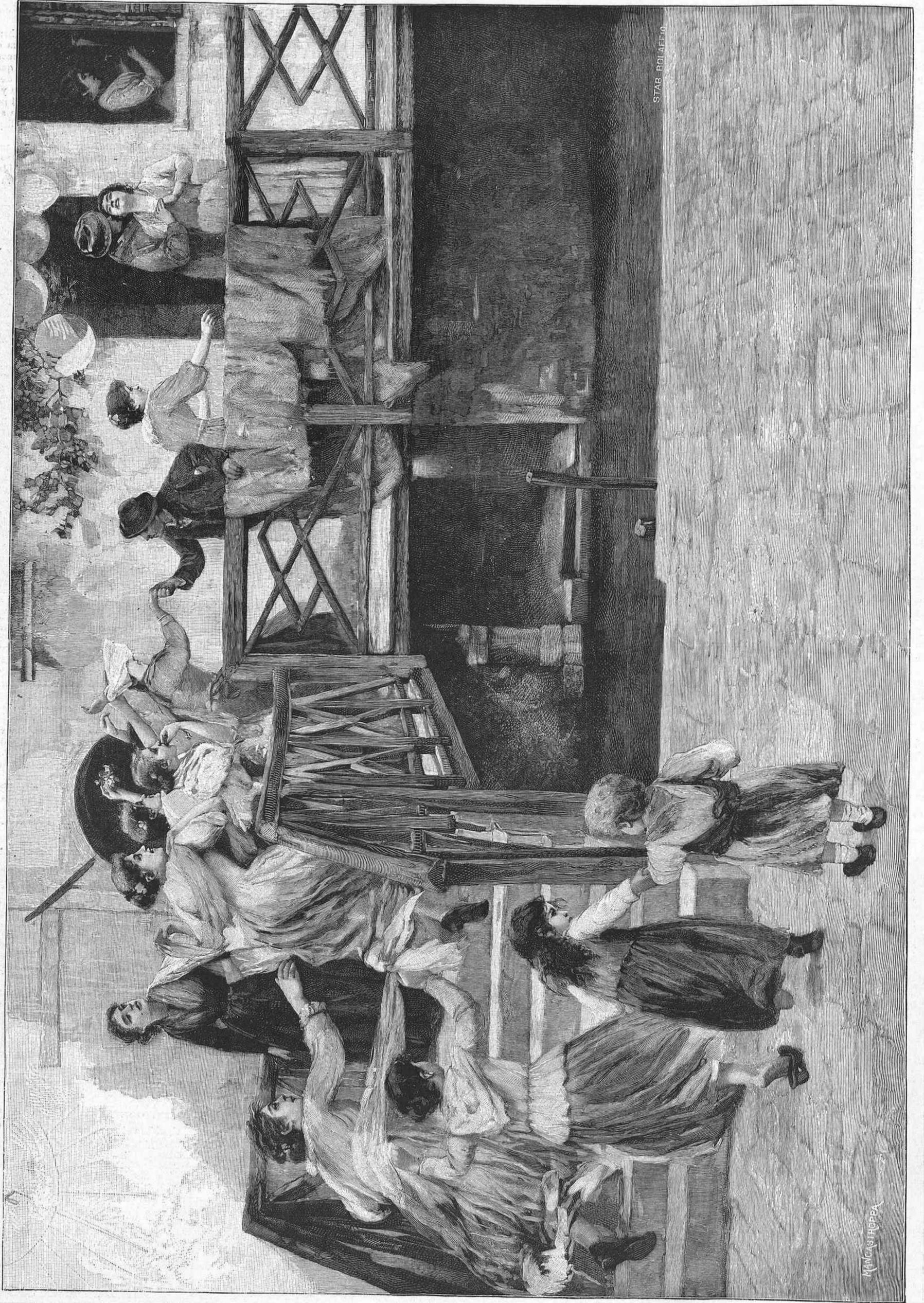
La ceremonia de la coronación se llevó á efecto bajo la dirección de un jefe del gobierno, Beh Sherbro de Yonni, quien con tal motivo ostentó una gran medalla de plata maciza que regaló á sus antecesores en 1816 el rey de Inglaterra Jorge III. Este jefe figura en uno de nuestros grabados sentado en una silla de madera, que conducen y sostienen dos subjeses.



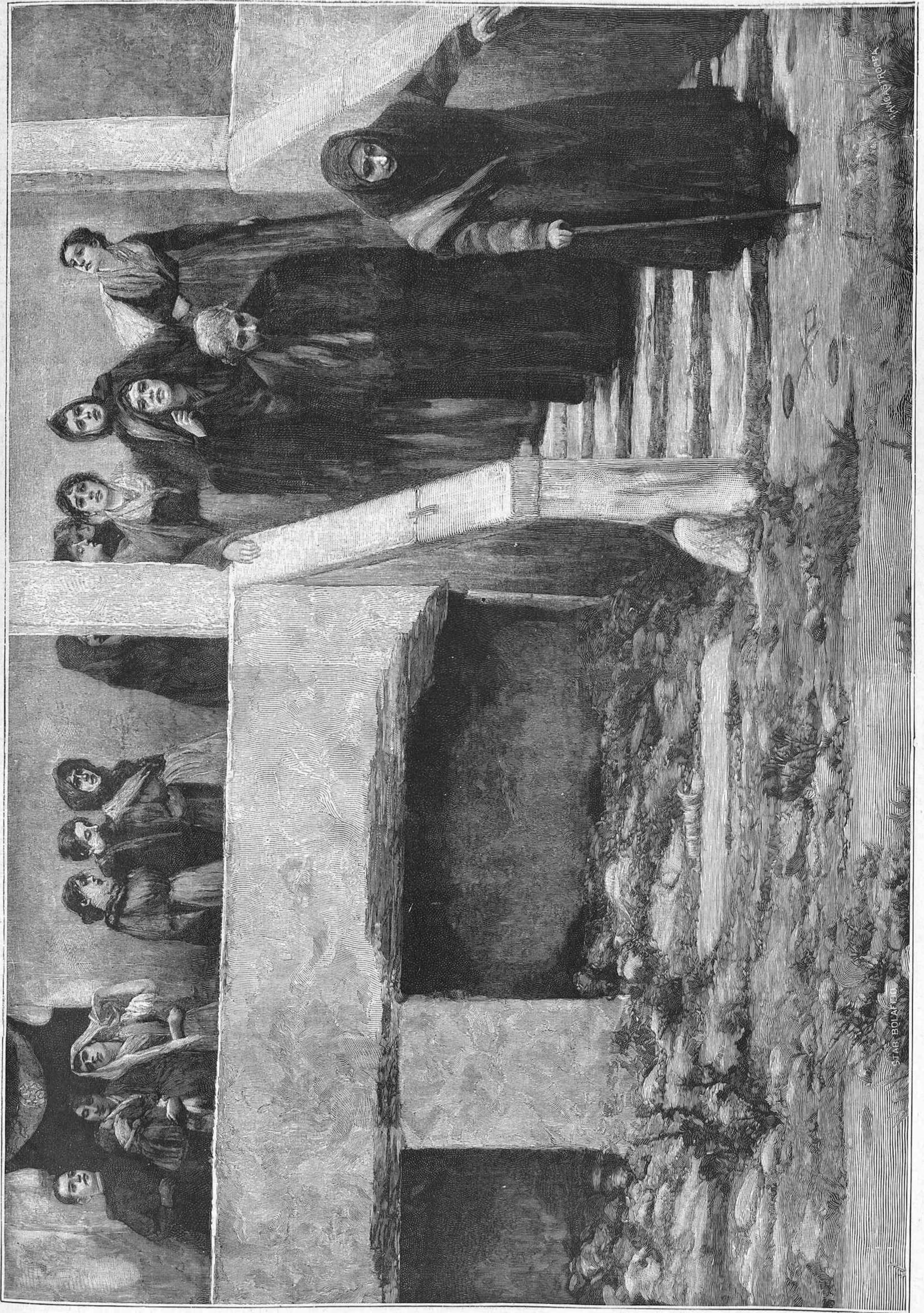
UN TASSO DEL IMPERRI, individuo de una hermandad secreta del Africa occidental



LA CORONACIÓN DEL SOKONG DEL PAÍS DE IMPERRI, AFRICA OCCIDENTAL



PARÁBOLA DE LA VIDA. - ¡Cuán veloces las horas de alegría!, cuadro de César Laurenti



PARÁBOLA DE LA VIDA. - ¡Cuán lentos los minutos de dolor!, cuadro de César Laurenti

STAR BOLAKOFF

STAR BOLAKOFF

Los italianos en Abisinia.—La expansión colonial de los italianos en Africa ha sufrido recientemente un tremendo golpe con la derrota sufrida en Amba-Alagi, en la que una columna italiana mandada por el mayor Toselli y compuesta de 1.200 hombres fué atacada y poco menos que destruida por el ejército choa, fuerte de 20.000 combatientes, capitanea-



MENELIK, negus de Abisinia

dos por cinco rases principales, Maconnen, Mangascia, Mikael, Alula y Olié.

El 7 de diciembre último el mayor Toselli se encontraba en Amba-Alagi con su columna, formada principalmente por fuerzas indígenas, cuando de pronto se vió sorprendido por el enemigo: la defensa fué heroica, pero en ella no pudo evitarse la derrota. El general italiano, comprendiendo la gravedad de la situación, dirigió todos sus esfuerzos á lograr que los daños fuesen los menos posibles, dando hasta el último momento pruebas de un valor y de una serenidad admirables. Acompañado de un corto número de oficiales, se fué batiendo en retirada, hasta que al llegar al camino de Antalo ordenó á uno de aquéllos que recogiese el resto de las fuerzas y las condujese hacia Makallé, mientras él rodeado de un puñado de valientes contenía á los vencedores, trabando con éstos terrible lucha, en la que él y todos los suyos perdieron la vida.

El mayor Toselli había nacido en Peveragno en 1857 y salió en 1878 de la Academia Militar con el grado de subteniente. Siguió como teniente el curso de la Escuela superior de guerra, consiguiendo uno de los primeros números en la promoción; fué nombrado capitán de artillería en 1886; entró al poco tiempo en el estado mayor, y en 1888 fué destinado á Africa, en donde conquistó la confianza de los generales Baldissera y Otero; desempeñó importantes comisiones, y se distinguió notablemente en una difícil campaña contra las hordas de Ras Alula. En 1890 se le llamó al ministerio de la Guerra, y en 1893 fué agregado al de Negocios Extranjeros. Promovido á mayor en 1894, diósele el mando de un batallón indígena en Africa, al frente del cual sofocó rápida y energicamente á fines de aquel año la rebelión promovida por Bata-Agos. Su heroica muerte ha sido la gloriosa coronación de una carrera militar brillantísima.

La batalla de Amba-Alagi es, según parece, el preludio de una campaña en regla emprendida contra los italianos por el rey Menelik, durante mucho tiempo aliado leal del rey Humberto. El cambio de conducta del monarca africano se atribuye á los consejos de su mujer, la reina Tauti, que, dotada de gran inteligencia y de un carácter enérgico, ha hecho comprender á su esposo que el tratado de Ucciali, obtenido de él por el conde Antonelli, establecía sobre su reino un verdadero protectorado y le convertía á él en vasallo del soberano de Italia.



EL MAYOR PEDRO TOSELLI,
muerto gloriosamente en la acción de Amba-Alagi
contra los abisinios

Con los retratos del mayor Toselli y de los reyes abisinios publicamos también el de tres de los principales rases, que vienen á ser grandes vasallos del rey Menelik, pues en Abisinia impera una especie de régimen feudal muy parecido al que existió en muchos pueblos de Europa durante la Edad media. Estos tres rases, que, como hemos dicho, tomaron parte en el combate de Amba-Alagi, se han mostrado muy humanitarios con los prisioneros hechos en aquella acción y han tributado á los muertos honores fúnebres excepcionales, concediéndoles en sus funerales honores militares y dándoles honrosa sepultura. Ras Maconnen, que gobierna en el territorio de Harrar, cuya ocupación tanto ambicionan los italianos, es el mismo que en 1889 fué á Italia al frente de la embajada etíope encargada de ofrecer varios regalos al rey Humberto y de concertar un tratado italo-abisinio. Ras Mangascia se ha fingido hasta

hace poco amigo de los italianos, pero ahora está francamente al lado de Menelik. Ras Mikael habíase mantenido neutral en esa guerra hasta que el rey abisinio le ha obligado, como vasallo suyo, á entrar en campaña.

La columna italiana derrotada en Amba-Alagi componíase principalmente de soldados indígenas, á los que se da el nombre de *askares*: éstos forman excelentes contingentes coloniales que se distinguen por su valor y su fidelidad. El campamento de cada compañía es una aldea ó *zerriba* rodeada de una valla, en la que se levantan las tiendas habitadas por los soldados: los oficiales de estos contingentes son italianos; los sargentos son italianos unos é indígenas otros.



La reina de Abisinia

fuerza de su juventud, que contrastan con la naturaleza aparentemente muerta que las rodea. La obra del dibujante inglés Hal Hurst, hondamente sentida, recomiéndase también en alto grado por su acabada ejecución.

Parábola de la vida, cuadros de César Laurenti.—El afamado pintor italiano autor de estas obras ha



RAS MIKAEL



RAS MACONNEN



RAS MANGASCIA

caudillos del ejército abisinio (de fotografías)

conseguido realizar un ideal artístico casi perfecto, la justa penetración del símbolo con la verdad. Mientras la vista se recrea en la contemplación de la maestría técnica, el espíritu se goza en la impresión interna de los sentimientos que aquellos lienzos despiertan. En ellos cada figura tiene un significado especial, y todas juntas forman, por decirlo así, la escala de la vida. El primero de esos cuadros representa la primavera de la existencia, que comienza en la infancia: en el rellano de aquella escalera simbólica, es decir, en la mitad de la vida, una figura de mujer, que representa la cordura, contempla tranquila é imperturbable aquel movimiento y escucha aquellas risas juveniles que se escapan de corazones no heridos todavía por un dolor intenso. Todo es en él alegría: la juventud y el amor júntanse y se sonríen; y un suave pensamiento amoroso termina esta primera parte allí donde la gentil doncella tiende sus sonrosados labios para que en ellos deposite el primer beso el prometido que la estrecha entre sus brazos. En la segunda parte la vida declina, ya no ilumina la escena el espléndido sol primaveral, sino la luz apagada del otoño, preludio de las tristezas del invierno y del sepulcro. El infortunio parece haber tomado el desquite: el lento descenso de todos aquellos infelices agobiados por el peso de algún cuidado grave ó de una pena profunda, significa la ruina terrible é incesante. Los rostros pálidos y descarnados, los ojos hundidos, los cuerpos encorvados, el andar incierto, la tristeza de aquella escena, hablan de desventura y de muerte. ¿Dónde está la juvenil sonrisa, dónde la esperanza, dónde las inefables delicias del amor? También aquí la cordura contempla imperturbable los estragos del dolor y de los años.

Por su pensamiento y por su ejecución espontánea y verdadera estos cuadros han conquistado á su autor uno de los primeros puestos entre los pintores de la escuela veneciana.

La guerra de Cuba.—Torreón núm. 11 en Bayamo.—Defensa de un tren atacado por los insurrectos.—Los grabados que publicamos en la página 62 no necesitan explicación: la guerra de Cuba preocupa tanto los ánimos, que los periódicos diarios, así españoles como extranjeros, consagran atención preferente á esa lucha y dan de ella hasta los menores detalles. Así sabemos lo que son esos fortines ó torreones, como el que reproduce nuestro grabado, en donde un puñado de valientes tantas veces ha rechazado fuerzas muy superiores de los insurrectos; así también conocemos el sistema de éstos de atacar los trenes, para lo cual levantan algunos rieles, ó hacen saltar un puente por medio de la dinamita (cuando

no lanzan este explosivo contra el tren mismo) y convenientemente apostados atacan el convoy. Si éste, como casi siempre sucede, lleva algunas fuerzas, nuestros soldados contestan á la agresión, trabándose entonces un combate generalmente poco duradero, pues los de la partida, logrado su objeto de destrucción, no tienen el menor empeño en prolongar una lucha de la que no han de sacar ya provecho alguno y que en cambio puede ocasionarles daños no despreciables, si acude en auxilio de los agredidos alguna de las muchas columnas volantes que incesantemente recorren las inmediaciones de las líneas férreas.

París.—Un rincón del mercado del Temple, cuadro de Luis Jiménez Aranda.—Decidido campeón del arte moderno, inspírase Luis Jiménez en los ideales artísticos de este siglo, convencido de que al pintar la sociedad actual, los dramas vivos, internos, que en ella se desenvuelven, escribe con el pincel la historia de su tiempo. Ha largo tiempo que penetrado del alcance de la evolución operada en el arte, ajusta sus producciones al resultado de sus estudios. De ahí sus cuadros: *Le fumier*, *Un almuerzo de trabajadores*, *Campesinas picardas*, *Bretonas en la iglesia*, *Premier mot d'amour*, *La madre* y *La visita en una sala del hospital*, composiciones todas que revelan un estudio psicológico profundo, un conocimiento práctico de la vida.

A estos lienzos, verdaderamente notables, hay que agregar el que representa *Un rincón del mercado del Temple*, inspirado en una escena de la vida parisiense, tan vivo y tan real, que si no se admirara el ingenio y la habilidad del artista, podría suponerse como un triunfo de la máquina fotográfica, tal es el sello de verdad y naturalismo que en él descuella.

El túnel de Blackwall.—En estos momentos se está terminando la perforación de un nuevo túnel bajo el Támesis, en Blackwall, obra realizada con objeto de unir á Poplan con Greenwich en los alrededores de Londres, sin necesidad de cruzar el río. Como está ya abierta la parte que presentaba más dificultades, ó sea la que yace inmediatamente debajo del lecho del Támesis, los contratistas S. Pearson é hijo invitaron

días pasados á un gran número de personas á visitar los trabajos.

Este túnel tiene en su conjunto 1.600 metros de largo, de los cuales 1.100 debajo de tierra y los restantes, ó sea la parte correspondiente á la salida por ambas orillas, á cielo descubierto. En estas dos secciones, los muros de sostenimiento están revestidos de ladrillos esmaltados blancos, lo propio que las paredes interiores del túnel. Este es el de mayor anchura de cuantos se han construído hasta el presente, pues mide hasta 8^m,22 de diámetro. Los trabajos de perforación comenzaron en marzo de 1892, donde el terreno era más favorable; en septiembre de 1894 el túnel atravesaba ya el río.

El escudo empleado para dicha perforación, de un peso de 250 toneladas, se iba corriendo por debajo del lecho del río mediante una poderosa prensa hidráulica, necesitándose á veces una presión de 4.800 toneladas para moverlo. Cuando quedaba perforada una distancia de dos pies se empotraban en el espacio abierto cierto número de segmentos de hierro de una tonelada de peso (habiéndose llegado á emplear 20.000 toneladas) y se ensamblaban unos á otros hasta formar un anillo, el cual se ensamblaba á su vez con el anillo precedente. Entre los huecos se introducía una masa de cemento líquido para que al solidificarse y endurecerse formase una sólida capa de piedra entre el tubo de hierro y el lecho del río. Las obras se han efectuado por medio del aire comprimido, siendo el máximo de compresión de 35 libras inglesas por pulgada cuadrada además de la presión atmosférica.

El escudo llevaba un andamiaje (como se ve en nuestro grabado), que evitaba la construcción de otros, y dejaba suficiente espacio despejado para el caso de un percance; afortunadamente no ha ocurrido ninguno de importancia. Durante los primeros 200 metros los trabajos se efectuaron sin dificultad; el avance mensual era de 45 metros; pero en breve se llegó á un punto en que el escudo susodicho no quedó separado del lecho del río sino por una capa de grava de 1^m,80 á 2 metros, y á pesar de la precaución de echar enormes cantidades de arcilla en el punto correspondiente del río, las obras sufrieron algún entorpecimiento y el avance no pudo ser más que de 7 á 8 metros mensuales.

Al principio del túnel por ambas orillas hay unas escaleras de caracol por las que pueden bajar los viandantes; los carruajes tienen la entrada algo más allá. Este túnel sólo se ha abierto para peatones y vehículos; habiéndose dejado en su interior para éstos una vía empedrada de granito de 16 pies de ancho, y para aquéllos, otras de 3 pies á ambos lados. Créese que podrá abrirse á la circulación hacia la primavera de 1897.

En la página 63 publicamos la vista interior del túnel durante los trabajos y la sección transversal del mismo.



El Sr. Macready era buen jinete

EN BUSCA DE UN IDEAL

NOVELA DE JUANA MAIRET. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

I

La costa occidental de los Estados Unidos no era veinte años hace lo que después ha llegado á ser, y sobre todo lo que será, el jardín maravilloso, el verdadero Eldorado de los americanos. Quien decía California referíase en particular á San Francisco, ó bien á las escarpadas y magníficas montañas, á las minas fabulosas, á la vida aventurera, ruda y terrible de los buscadores de oro.

Sin embargo, al Sud de San Francisco, allí donde se deprime la arista monstruosa del continente, don-

de sus estribaciones toman nombres de suaves vocales, donde la montaña es verde casi hasta la cima, y donde las mismas rocas, peladas y rojizas, se agrupan como para alegrar los ojos; en todo ese delicioso país, en fin, bañado por el Océano Pacífico, la vida comenzaba á despertarse. Los enormes espacios desiertos se poblaban poco á poco, y las antiguas pequeñas ciudades mexicanas, adormecidas y como muertas desde la anexión, sentían renacer en sí la nueva savia, como esos viejos troncos que se creen muertos, y que en la primavera todavía retoñan, presentando acá y allá algunas hojas verdes y tiernas.

Hacía ya largo tiempo que varios colonos llegados del antiguo país, es decir, de los Estados del Este, habían tomado posesión de la muy fértil llanura que franquea las aguas desde San Francisco hasta los alrededores de Los Angeles, y allí cultivaban esos frutos extraordinarios, esas legumbres fantásticas que maravillan á los bodoques en todas las Exposiciones universales. También tenían numerosos rebaños, cuyos animales, casi salvajes y marcados tan sólo con una cifra, vagaban á su capricho en la vertiente de la montaña, multiplicábanse y morían, sembrando el vasto desierto de sus huesos blanqueados. El dueño

cogía á lazo los que necesitaba y no se cuidaba de los demás. ¡Tenía tantos!

Los hombres reflexivos se decían que allí, en aquel suelo virgen aún y bajo un clima delicioso, se hallaba la verdadera riqueza del país, más aún que en las entrañas de la tierra. Varios especuladores de Nueva York ó de Boston habían comprado vastos terrenos desnudos, haciendo llegar á ellos el agua — muy rara en aquellas regiones — y comenzaban á convertir el desierto en magníficos bosques de limoneros y de naranjos, sin olvidar los olivos, y sobre todo las legumbres de toda especie. Aquella nueva vida del país californiano, que ahora florece en toda su maravillosa belleza, no hacía más que despertarse hace veinte años, pero al fin se despertaba.

Uno de los más antiguos colonos de la costa, Silas Harcourt, que había llegado, siendo aún muy joven, procedente del escabroso país de New Hampshire, tenía fama de ser, en las regiones que rodeaban á Santa Bárbara, el labrador más entendido, el más experto en negocios, el más perspicaz, el más *shrew*, como allí se dice, de todos los que en aquellas regiones había. Su casa, gran construcción irregular, formada con gruesos troncos de árboles, comenzó por ser una simple cabaña, un *log-cabin*, hecha por él mismo, cuando no era más que un joven aventurero, casi imberbe. Casado con una muchacha de Santa Bárbara, tuvo de ella muchos hijos, varios de los cuales habíanse establecido en distintos puntos, quedando en la casa sólo tres. Más tarde enviudó, y entonces envió á buscar á una hermana suya, viuda también y sin hijos, la señora Fletcher, para educar á una niña, su sobrina, recogida por caridad. Un hermano menor se había casado con una mexicana del país vecino, y los padres murieron, dejando sin recursos á una niña mimada y caprichosa, de grandes ojos negros, que hablaba medio español y medio inglés, y cuyo nombre era Milagro, si bien sus parientes acostumbraban á suprimir la última sílaba para abreviar, llamándola simplemente Mila.

La primitiva casa del colono, aquella vivienda angulosa que desesperaba á la señora Fletcher, ó á la tía Deborah, como todos la llamaban, hallábase situada en la otra vertiente de la montaña; desde allí no se veía ya el Océano; pero divisábanse á lo lejos el río y el valle de Santa Inés, mientras que la granja estaba situada en un parque natural de extraordinaria belleza. Por el lado de Santa Bárbara, la soberbia montaña está erizada, hacia su cumbre, de rocas peladas y salvajes; mas apenas se ha franqueado el desfiladero para volver á bajar á la llanura, aquéllas desaparecen, y entonces se ve la tierra alfombrada de una hierba corta y suave, sobre la cual admirables encinas verdes y sicomoros gigantescos ostentan sus enormes troncos y su alto ramaje. Creeríase estar en un parque inglés admirablemente dibujado. El murmullo del agua corriente, cosa muy rara allí, produce acá y allá como una música que encanta el oído.

Un viajero, extraño al país seguramente, avanzaba entre los árboles, mirando á su alrededor con curiosidad y agradablemente sorprendido al parecer; acababa de apearse del coche público en el desfiladero, y había preguntado cuál era el camino que conducía al rancho de Harcourt. A decir verdad, apenas existía camino alguno, y el viajero se orientaba principalmente por las sombras que los magníficos árboles proyectaban sobre la hierba. No debía pensarse en hallar, en aquella soledad absoluta, alguna persona á quien dirigir la palabra; mas el viajero disfrutaba tanto del silencio delicioso, de la belleza de los grandes árboles y de la rara frescura de los arroyos, que no deseaba llegar demasiado pronto al término de su paseo.

Hugo Macready, así se llamaba el viajero, era hombre de unos cincuenta años. El rostro, de facciones finas y regulares, con grandes ojos de expresión melancólica, parecía demasiado joven á pesar de una fatiga visible y de la palidez del color, comparado con el cabello y la barba, que blanqueaban ya. Sumamente esmerado en su traje, bien ceñidos los guantes y perfectamente calzado, parecía el tipo más puro del verdadero *gentleman* americano. Por más que se piense lo contrario en Europa, este tipo se encuentra en los Estados de la Unión. El hombre realmente distinguido parece allí, tal vez por un efecto de contraste, más fino, más cortés, más amante de las buenas cosas y más franco que sus iguales de Londres ó de París.

¿A qué iba semejante hombre á la rústica morada de Silas Harcourt?

Una carcajada, tan fresca, tan argentina y melodiosa que sorprendió al Sr. Macready, interrumpió de improviso el silencio de aquella soledad; oyéronse el galopar de caballos y varios relinchos, y casi al mismo tiempo el viajero se detuvo para dejar el paso libre á dos jinetes que iban á escape. Entonces notó

que uno de ellos era una amazona, y tuvo la rápida visión de un cabello negro y rizado bajo un sombrero mexicano, de una falda flotante y de un talle esbelto y gracioso que parecía mecerse por el galope del caballo. El extranjero seguía con los ojos aquella seductora aparición, cuando echó de ver que la amazona y su compañero, reteniendo sus monturas, comenzaban á retroceder. El joven fué quien tomó la palabra: era un gallardo mancebo de veinte años, poco más ó menos, y vestía un ligero traje, compuesto de camiseta de franela, pantalón sujeto por un ancho cinturón de cuero estampado y sombrero como el de la amazona, adornado igualmente de una cinta de piel trabajada al estilo del país. La joven, de una belleza salvaje, aunque no del todo perfecta, permanecía silenciosa, limitándose á mirar al desconocido con atrevimiento curiosidad.

— ¿No va usted, señor extranjero, preguntó el mancebo, en busca de Silas Harcourt?

— Sí, contestó el otro, yo soy el Sr. Macready y necesito verle.

El viajero era hombre de carácter bastante delicado, y el apelativo *extranjero*, muy usado en el país, no le agradaba. El joven sonrió ligeramente y apeóse de un salto.

— Pues bien, Sr. Macready, repuso, debe usted estar cansado; tome mi caballo, y mi prima Mila le conducirá hasta la casa. Aún falta bastante para llegar á ella, y mientras ustedes van por este camino, yo tomaré el atajo, y cuando ustedes lleguen, yo estaré ya allí para recibirles.

El Sr. Macready se hizo de rogar un poco, aunque sólo por pura fórmula, pues le seducía cabalgar al lado de la atrevida amazona. Sin embargo, al mirarla más de cerca, preguntóse si no sería una niña, pues tenía las facciones muy frescas y lozanas aún y las formas no desarrolladas del todo. Por fortuna, el señor Macready era buen jinete, pues á no ser así, los negros ojos de Mila le habrían mirado con soberano desdén; y si tenía el cabello blanco, quería demostrar que aún conservaba agilidad.

— Señorita, dijo, cuando la joven, sin pronunciar una palabra, dió la señal de marcha; temo haber interrumpido su paseo, y me remuerde la conciencia.

— ¡Oh! No hay motivo para ello, pues mi primo y yo regresábamos ya. Hemos ido á ver el ganado á la pradera grande. Mi compañero sostenía que las mujeres no saben servirse del lazo, y yo le he demostrado que se engañaba.

Al decir esto, Mila señaló, sonriendo, la larga cuerda arrollada en el pomo de la silla. El Sr. Macready saludó, como para aprobar tales proezas.

Pero lo que él escuchaba sobre todo era el sonido de la voz de su compañera; su risa le había encantado más; el timbre de aquélla, cuando la joven hablaba, era tan puro, tan grave, y á la vez tan argentino, que deseaba oírlo de nuevo, pues parecía una música divina. A una mujer dotada de semejante órgano vocal no se podía menos de escucharla con delicia aunque hablara de todas las frivolidades posibles; pero el Sr. Macready estaba persuadido de que Mila, por más que dijera cuanto le pasaba por la cabeza, no diría necedades. Sin embargo, inútilmente trató de hacerla pronunciar algunas palabras, pues tan sólo obtuvo algunas respuestas monosilábicas; la joven no tenía ganas de hablar y persistía en su silencio.

— ¿Quiere usted que galopemos un poco?, preguntó de improviso. A mí me impacienta ir al paso.

Y sin esperar contestación, dió riendas á su caballo, que partió á escape. El Sr. Macready, por su parte, se condujo tan bien, que los dos llegaron al rancho al mismo tiempo. Mila concedió una sonrisa protectora á su caballero, pues para ser hijo de las ciudades no montaba muy mal.

A pesar de su promesa, Bob Harcourt no se halló á la puerta para recibir al visitante; el galope de los caballos había sido rápido.

El Sr. Macready, ofreciendo la mano á Mila, que se apeó ligeramente sin aceptarla, miraba al mismo tiempo á su alrededor, no sin cierto asombro. Estaba acostumbrado á los contrastes prodigiosos de la vida americana, y sobre todo la del *Far-West* (Extremo Oeste); pero allí quedaba desorientado. Mila, á pesar de su vestido de gruesa lana gris, su pequeño corpiño de batista y su extraño sombrero, no dejaba de tener cierto aire de gran señora, y á nadie le hubiera ocurrido tratarla como campesina; era toda una *lady*, desde la cabeza, con su cabello rizado, hasta las puntas de los pies, largos y muy estrechos.

Las construcciones del *rancho* eran detestables; los diversos cuerpos de edificio, sobrepuestos sin orden ni concierto, sin tener en cuenta el efecto que debían producir, no estaban revestidos siquiera de una capa de pintura ó blanqueados con cal. Los troncos de árboles, sin desbastar, estaban puestos uno junto á otro y los huecos se habían rellenado

con yeso. En la fachada veíanse acá y allá algunas ventanitas con vidrios ordinarios, dispuestas muy irregularmente, y en varias de ellas ostentábanse macetas en flor. La puerta de entrada, abierta de par en par, permitía ver una vasta cocina, con el suelo sin embaldosar, y una vid cubría en parte las paredes de aquella extraña mansión. Las dependencias, establos, cuadras y cobertizos se hallaban diseminados en los alrededores; el patio de la granja, ó lo que hacía las veces de tal (no había la menor señal de cercas), estaba muy descuidado, y un montón de estiércol, demasiado próximo á la habitación, llenaba el aire de emanaciones acres. Varias gallinas, patos y cerdos iban y venían á su antojo, y algunos de aquellos animales habían franqueado ya el umbral de la cocina.

De repente oyóse el preludio de una sonata de Beethoven.

— Es la tía Deborah que estudia, dijo Mila; sabe mucho de música, y me da lecciones. Por lo demás, ella es quien ha cuidado de mi educación.

Mila decía «mi educación» muy sencillamente, creyendo sin duda haber aprendido todo cuanto era necesario saber; mas al notar que el «señor del Este» parecía perplejo, añadió con mucha cortesía:

— ¿Quiere usted entrar, caballero? Dudo que mi tío esté en casa; pero voy á verlo. De todos modos, ya sabemos que mi tía se halla aquí.

Y entregando las riendas de su caballo á un mozo de cuadra, Mila entró, seguida del visitante. Cruzaron por la cocina, donde vieron además de los cerdos y las gallinas una criada rechoncha con las mangas remangadas hasta los codos, y la joven abrió la puerta del salón, ó lo que servía de tal, diciendo:

— Tía Deborah, aquí viene un caballero que desea ver á mi tío. Es el Sr. Macready; ya recordará usted que escribió á propósito de la *Granja del Valle*.

Una mujer de cincuenta á sesenta años, delgada, enjuta y muy derecha, se levantó al punto como un autómatas movido por un resorte, saludó ligeramente al extranjero, y le señaló una mecedora con asiento de crin cubierto de tela. Este mueble y el piano, de forma cuadrada, como los que todavía se encuentran en algunos rincones de los Estados, representaban en el rancho Harcourt el refinamiento de la civilización, el lujo más desenfrenado.

Cumplido su deber, Mila desapareció, y aunque el Sr. Macready lo sintiera, dispúsose á ser amable y cortés, según su costumbre con todas las damas, sin exceptuar las de edad madura, secas y austeras.

La señora Fletcher le miraba con un asombro que no trató de disimular, é interrumpiendo sin reparo las frases corteses del Sr. Macready, le preguntó:

— ¿Cómo ha tenido usted la ocurrencia de venir á establecerse en semejante país?

— Por lo pronto, señora, si tengo algún empeño en comprar la granja del Sr. Harcourt, no es para vivir yo en ella, sino para un hijo que está ligeramente atacado del pecho. Los médicos me han asegurado que una permanencia prolongada en esta región, bajo un cielo muy puro y donde se disfruta, según dicen, de una primavera eterna, le salvaría tal vez; pero con una condición: vivir fuera, trabajar con sus propias manos y ser cultivador, labrador, ganadero ó lo que él guste. En resumen, busco un rancho para mi hijo, y ya ve usted que es cosa bien sencilla.

— En efecto, comprendo que se trate de conservar la vida á los demás...

— Pero usted misma, señora...

— ¡Oh! Es muy diferente; yo obro por abnegación, y todo cuanto yo hago es para cumplir con mi deber. No le extrañe á usted que me permita esta confianza... ¡Tengo tan raras ocasiones de ver á una persona civilizada! No sentía yo la menor vocación al matrimonio ni á la maternidad; mas apesar de esto, me casé. Me regocijaba de no haber tenido nunca hijos, y he aquí que un día me escribe mi hermano Silas, rogándome que venga á educar á una sobrinita suya, á la que nadie necesitaba y que había recogido en su casa. Ya comprenderá usted qué poco agradable era para mí abandonar mi pueblo de New-Hampshire, atravesar las praderas y venir á este desierto para encargarme de educar á una pequeña salvaje, traviesa como un muchacho, que además es papista como su madre... ¡Yo, que había soñado siempre una vida tranquila de solterona, entre un sacerdote que supiera predicar bien, una sociedad armónica en la cual podía ser autoridad, y círculos de costureras, donde se confeccionan camisas para los pobres, que generalmente las rehusan por no ser bastante finas! Confíese usted, caballero, que esto es ser desgraciada!

El Sr. Macready tomó el partido de reírse. La tía Deborah hablaba con voz un poco alta, áspera y monótona; pero en sus ojillos grises, brillantes é inteligentes notábase una expresión alegre que desmentía las palabras pronunciadas por la boca, de labios delgados y pálidos. La señora Fletcher, así como su ha-

bitación, era un conjunto de contrastes: llevaba un vestido negro, muy recto, y una fina blonda adornaba su abundante cabello gris; tenía las manos huesosas, aunque sumamente cuidadas; y hablaba en inglés, no tan sólo correctamente, sino con palabras muy escogidas y la mejor construcción en las frases. La tía Deborah no debía ser tampoco trivial, como no lo era su discípula.

— En todo caso, señora, repuso el visitante, no se puede negar que ha obtenido usted admirable resultado en la educación de su sobrina. La señorita Mila es encantadora.

— ¿Le parece á usted que pueda serlo con esa cabellera indómita, imposible de alisar? Por otra parte, la niña es papista..., y como yo tengo la conciencia muy escrupulosa, me veo obligada á reprimirme cuando le hablo de la Reforma y de las abominaciones de Roma. Esto me ocasiona una indisposición; pero lo hago porque soy esclava de la palabra dada, pues Silas prometió á la madre moribunda no permitir que la niña fuese protestante. No tiene más que una cosa buena, y es la voz; pero en cambio no sabe trabajar, y agrádale tan sólo correr por la montaña con sus primos. Esto es terrible. Pero oigo que mi hermano entra; voy á dejarle á usted solo con él, y entretanto iré á ver si hay medio de agregar á la comida, que supongo aceptará usted de nosotros, algún plato posible. ¡Ya podrá usted formar opinión de la cocina de salvajes con que se contentan aquí.

En aquel momento entró Silas Harcourt.

Era hombre de unos sesenta años bien cumplidos, de aspecto rudo, con la piel curtida y rugosa; el cabello y el pelo de barba eran casi blancos; pero un tinte rojizo amarillento recordaba aún la juventud. Vestía un chaquetón tan usado, que se veía la trama de la tela, y un pantalón viejo, sujeto, como el de su hijo, por un cinturón de cuero; mas á pesar de este pobre atavío, el aspecto de aquel hombre revelaba la fuerza tranquila, la agilidad de un joven en sus movimientos de guerrero indio. Tenía las facciones regulares y muy marcadas, y los ojos rasgados, de un color azul

muy puro. No se necesitaba oírle hablar para comprender que semejante hombre era muy propio para dominar la naturaleza, y que estaba dotado de ese valor que se manifiesta sin frases, que jamás flaquea. Adivinábase también que era inteligente, que estaba seguro de sí mismo y que no debía haber conocido nunca en su vida las vacilaciones, los remordimientos, ni ese sentimentalismo que atormenta á los seres refinados. Silas Harcourt era un hombre sencillo y fuerte á la vez.

Sin el menor preámbulo, y después de estrechar vigorosamente la mano de su visitante, el dueño del rancho rellenó su pipa, ofreció tabaco al Sr. Macready, que le rehusó, llenó dos vasos de *whisky* y dió principio á la conversación sobre el asunto de su granja del valle.

El Sr. Macready, que por correspondencia había puesto á Silas Harcourt al corriente de sus intenciones, dejó hablar á su interlocutor, observándole entretanto con curiosidad. El labrador creía sin duda fácil vencer al hijo de la ciudad, con su esmerado y pulcro traje; pero el Sr. Macready interrumpía de vez en cuando á su interlocutor con una sonrisa para dar á entender que le parecían muy exageradas sus pretensiones. Después el dueño del rancho continuaba con más animación que nunca, demostrando un conocimiento de los negocios, una penetración y una inteligencia verdaderamente notables.

Á la una se sirvió la comida, á la que la señora Fletcher había convidado á su huésped, en la misma sala donde los dos hombres discutían. En medio de la habitación habíase colocado una gran mesa sin mantel, sobrecargada de los manjares más heterogéneos, y muy pronto llegó la familia, al toque de un

gongo chino. La señora Fletcher, que había cambiado su vestido de lana por uno negro de seda, fuera de moda y algo lustroso en las costuras, pero muy limpio aún, invitó al Sr. Macready á sentarse á su lado. Después entraron uno tras otro Bob y sus dos hermanos, algo mayores que él, sin saludar apenas, y comenzaron á servirse desde luego de los diversos platos, llenando los suyos á veces de diferentes viandas.

Mila entró la última; su vestido gris de amazona había sido reemplazado por uno de batista rosa, y su cabello negro, siempre rebelde, estaba más enredado que antes. Concedió una sonrisa algo distraída al extranjero, y fué á sentarse en el sitio de costumbre, junto á su tío, que cortando un enorme jamón, seguía discutiendo con el Sr. Macready.

— Ya sabes, hermano, observó la señora Fletcher,

yen la fuerza de las naciones, así como también de los individuos.

— Pues no nos faltan á nosotros los americanos, y aun á riesgo de que usted me desprecie, señora, le confesaré que en mi concepto tenemos casi demasiados. Por mi parte, esta es la excusa que me doy cuando advierto que he llegado á ser cosmopolita más bien que americano. He pasado la mitad de mi vida en Europa.

Estas palabras hicieron cesar súbitamente el movimiento de los tenedores, y todos miraron con curiosidad algo malévolá al visitante semiamericano. ¡Se halla tan lejos Europa de aquella costa del Pacífico! Mila salió de su mutismo y sus ojos brillaron.

— ¿Cómo es Europa?, dijo.

— He aquí una pregunta, repuso el Sr. Macready, que exigiría varios volúmenes para contestar á ella, sobre todo si en cuestión de ciudades no conoce usted más que Santa Bárbara.

— He ido una vez á San Francisco; pero entonces era muy niña, y apenas me acuerdo.

— Tanto vale hablar de la tierra á los habitantes de la luna, interrumpió bruscamente la señora Fletcher. Le dispenso á usted de la explicación sobre Europa; pero ¿qué le parece Boston? Dudo que haya en el mundo una ciudad comparable con esa, y todo el mundo sabe, por lo menos, que no hay en ninguna parte otra más *intelectual*.

— ¡Todo el mundo!.. Evidentemente... y en particular todo el mundo de Boston. Yo he nacido en Nueva York.

— ¡Ah!..

Este «¡ah!» indefinible expresaba toda la compasión, un poco desdenosa, que á la hija de Nueva Inglaterra inspiraba aquella ciudad frívola y sus habitantes.

— No es culpa mía, añadió el Sr. Macready, con un aire tan cómicamente contrito que todos los presentes soltaron la carcajada.

Después, como la conversación se generalizase más, el Sr. Macready llevó poco á poco á Silas Harcourt á referir su vida y explicar su llegada á un país tan salvaje, que el descubrimiento del oro no había señalado aún la atención del mundo.

— ¿Cómo me ocurrió la idea de emigrar?, comenzó á decir. Apenas lo sé yo mismo. Eramos muchos en la granja, y todos pobres; de modo que cada cual debía salir del paso como pudiese. Siendo niño todavía, trabé relaciones con un cazador, ó más bien traficante en pieles, un aventurero, si queréis, á quien ahogaba la atmósfera de las ciudades, que me hablaba de su vida entre los indios, de los cuales había aprendido varias lenguas, y en medio de la ruda población de las fronteras, más temible aún que aquéllos, la cual se agolpaba alrededor de los puestos militares y de los fuertes. Todos aquellos relatos me daban mucho en que pensar. Con mis primeros ahorros compré una carreta grande, víveres, simientes y ganado, y el cazador y yo emprendimos la marcha á la buena ventura. Seis meses empleamos para cruzar el continente; mi compañero murió al llegar al término de nuestro viaje, y yo heredé su carabina, que era todo cuanto poseía. Le aseguro á usted que atravesar las praderas en aquel tiempo no era cosa tan fácil como el viaje que usted acaba de hacer. Entonces no se pensaba en las botinas de charol ni en las camisas finas; aquello era una lucha sin tregua ni reposo; y á no ser por algunos bisontes que de vez en cuando encontrábamos, habríamos muerto de hambre. Más duro era aún atravesar el «desierto», pues allí no había una brizna de hierba ni una gota de agua para los animales. Nosotros llevábamos cuanto podíamos para atender á nuestras más apremiantes necesidades y las suyas; pero nada más que lo precisamente necesario para no morir de sed en el camino..

Silas interrumpió su relato haciendo una breve pausa, y después prosiguió:

(Continuará)



Silas Harcourt

con su voz alta y aguda, que no es bueno hablar de negocios mientras se come; y además, si esto te divierte, porque tienes interés en ello, á mí me molesta. Tendrás al Sr. Macready á tu disposición el resto del día, y toda la noche si os conviene á los dos, porque este caballero no podrá marchar antes de mañana; pero durante la comida, les ruego que hablen de otra cosa.

— Tiene usted muchísima razón, señora, repuso el Sr. Macready sonriendo, y por mi parte, la ruego que me dispense.

— ¡Ah! No es la culpa de usted. Permítame servirle un poco de este lomo con habas; es un plato de mi país y lo único que aquí se puede comer. La vaca es detestable.. Es imposible enseñar á una cocinera en este país perdido; he tratado de hacerlo y me ha sido forzoso renunciar á ello. Contra lo imposible no hay lucha.

— Mi pobre hermana, dijo el viejo Silas, se queja de estar en un destierro en nuestras montañas; pero la verdad es que se acostumbra muy bien á esta vida, y sería ingrata si echase de menos el áspero y riguroso clima de New Hampshire en este país, donde no se siente nunca demasiado frío ni excesivo calor, donde el aire es delicioso y donde la tierra da tres cosechas por cada media que se recoge en Nueva Inglaterra.

— Pues en eso te engañas, Silas, replicó la señora Fletcher. Prefiero mis nieves, mi viento del Este y todos nuestros horrores, como tú los llamas, á este país, donde no se sabe nunca si es invierno ó verano. Yo le comparo con esas personas bonachonas que «no tienen ángulos» ni carácter propio. Créame usted, Sr. Macready, los ángulos son los que constitu-

MISCELANEA

Bellas Artes. - BERLÍN. - En el Salón Schulte se han celebrado simultáneamente varias exposiciones colectivas de obras de A. Kampf, de Dusseldorf; W. Leistikow, de Berlín, y F. M. Bredt y W. Volz, de Munich. Las que más han llamado la atención han sido las de este último, que forman una colección de 14 cuadros llenos de poesía y admirablemente pintados, entre los cuales sobresale el de grandes dimensiones *Musas cantoras*.

- La Exposición internacional de Bellas Artes celebrada durante el verano último ha dejado un sobrante de más de 125.000 pesetas, de modo que, conforme a los estatutos de la sociedad, el año que viene se destinarán 62.500 a la compra de obras de arte.

- En el salón Gurlitt se ha inaugurado una exposición internacional de obras de artistas femeninas, a la cual han concurrido cuarenta de éstas, de varios países, con unos cien trabajos, entre los que llaman la atención los de las señoras Parlaghi, Roosenboom, Demont-Breton y Riva-Muñoz.

VIENA. - En la Exposición internacional de Bellas Artes recientemente cerrada se recaudaron 240.000 pesetas en concepto de entradas, y se vendió casi la tercera parte de los trabajos expuestos por valor de 340.000 pesetas.

MUNICH. - En la Exposición internacional de Bellas Artes últimamente celebrada en el Palacio de Cristal se han vendido obras por valor de 500.000 pesetas.

PARÍS. - En la plaza de los Estados Unidos se ha inaugurado el monumento dedicado a Lafayette y Washington, obra de Bartholdi, que ha regalado a la ciudad de París el propietario del importantísimo diario neoyorkino *World*, Mr. Pulitzer.

- Alejandro Dumas ha legado en testamento al Museo del Louvre su retrato pintado por Meissonnier.

ROMA. - Recientes investigaciones practicadas en el Panteón han puesto de manifiesto que las marcas de los ladrillos llevan la fecha del emperador Adriano, lo cual demuestra que aquel monumento fué construido durante el reinado de este emperador y no en el de Agripa, según aseguraban antiguas fuentes históricas. Sin embargo, debajo del actual piso de mármol se han encontrado los cimientos de un edificio cuadrangular que, según parece, son los restos de la primitiva fábrica construida por Agripa.

Teatros. - En Turín se ha estrenado con mucho éxito una nueva comedia de Marco Praga, *La mamma*.

- En el teatro Nuevo, de Berlín, se ha estrenado con gran aplauso la nueva ópera de Mascagni *Silvano*. Pocos días antes el joven maestro italiano fué objeto en el mismo teatro de una gran ovación con motivo de la representación de *Cavalleria rusticana*.

- En el teatro de la Ciudad, de Francfort, han obtenido ex-

ta, sin aparato escénico y con una parte del escenario ocupado por los espectadores.

- En Milán están en competencia los teatros de la Scala y del Verme: en este último ha comenzado la temporada con la ópera *Falstaff*, de Verdi, que dirigida por el maestro Mugnone, produjo mayor entusiasmo, si cabe, que cuando se estrenó. La Scala habrá inaugurado ya sus tareas cuando esta noticia se publique: la ópera escogida es *Enrique VIII*, de Saint-Saens.

- En el teatro de Viena se ha representado la última opereta de Strauss *Waldmeister* (*El inspector de bosques*), que ha producido gran entusiasmo: la obra, que fué dirigida por su propio autor, ha sido considerada como una de las más inspiradas del célebre compositor, vulgarmente conocido con el título de rey de los vales.

- El teatro Regio, de Turín, ha inaugurado su temporada con la preciosa ópera de Wagner *El crepúsculo de los dioses*. El éxito ha sido inmenso, y con este motivo los críticos italianos hacen notar el contraste entre el triunfo de ahora con la indiferencia con que fué acogida la misma obra cuando en 1883 se cantó por vez primera en la propia ciudad de Turín.

- En el teatro Carlos, de Viena, se ha representado con gran aplauso el vaudeville de Blum y Toché *Maison Tamponin*, arreglado a la escena alemana con el título de *Prima Ballerina*.

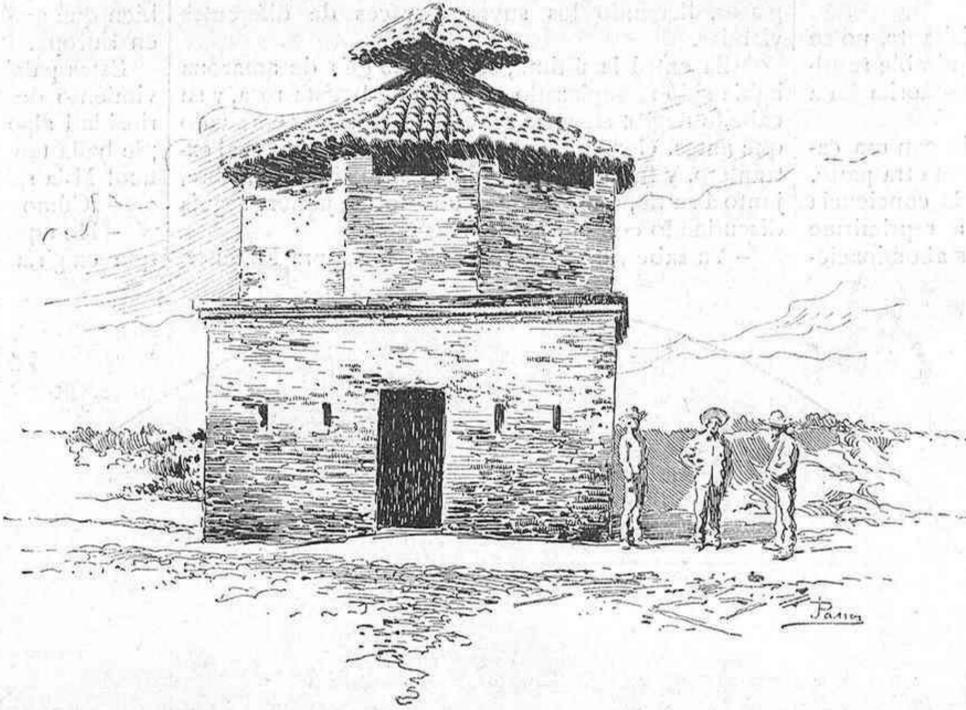
- En el teatro Alemán, de Berlín, se ha puesto en escena con buen éxito la célebre comedia de Molière *El misántropo*, traducida al alemán por Fulda.

- En Cristianía se ha estrenado con gran aplauso el último drama de Bjornson *Lo que podemos*, en el que se trata admirablemente la cuestión social.

- En el Metropolitano, de Nueva York, se ha puesto en escena por vez primera en italiano y con éxito completo la ópera de Wagner *Las Walkirias*.

PARÍS. - En la Opera se ha estrenado con mediano éxito *Fredogonde*, ópera en cinco actos que dejó incompleta el ma-

logrado compositor Ernesto Guiraud y que ha terminado Saint-Saens, de quien son los bailables del acto tercero y los dos últimos actos: ha intervenido además en la terminación de esta obra, según se dice, un joven autor, M. Dukas, que ha instrumentado los fragmentos del manuscrito dejado por Guiraud. Las piezas más aplaudidas de *Fredogonde* son un madrigal y una pintoresca pantomima del acto primero, un dúo de elegante corte del segundo, los bailables del tercero, un hermoso dúo del cuarto y la grandiosa escena final del quinto. A propósito de *Fredogonde*, los críticos franceses censuran con razón la costumbre de querer terminar obras apenas esbozadas por su au-



LA GUERRA DE CUBA. - Torreón núm. 11 en Bayamo, donde el doctor Rubin le amputó un brazo al teniente Muñoz, herido en la acción de los Negros

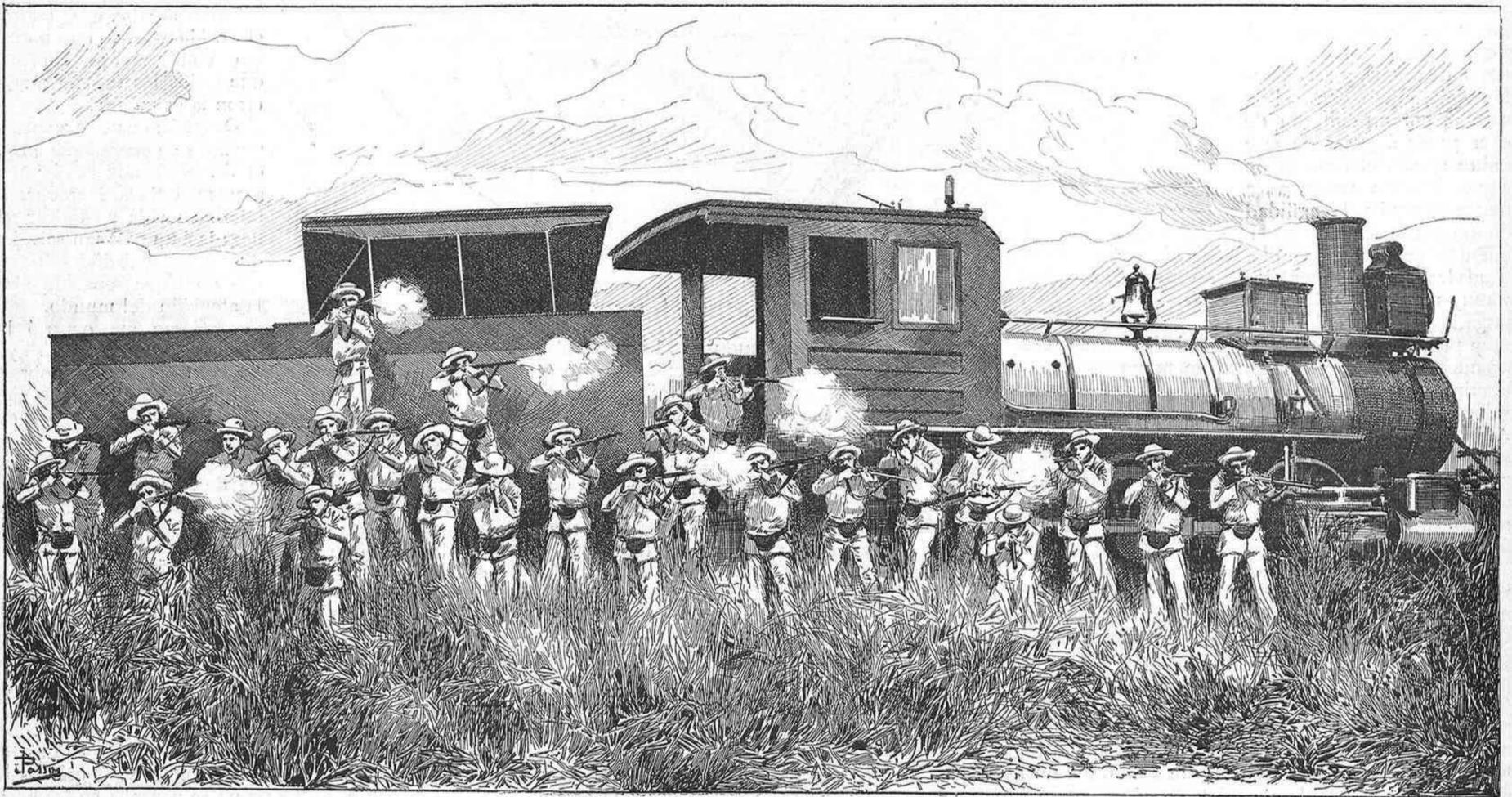
traordinario éxito las óperas *Silvano*, de Mascagni, que dirigió el autor, y *Festa a marina*, de Coronaro.

- En el teatro de la Corte, de Stuttgart, se ha cantado por primera vez en alemán la ópera de Mascagni *Guillermo Ratcliff*, habiendo obtenido un éxito extraordinario.

- En el teatro de la Corte, de Dresde, se ha representado con gran aplauso el drama de Coppée *Pour la couronne*, traducido al alemán.

- En Viena se ha estrenado con buen éxito el último drama de Sudermann *La felicidad en un rincón*.

- En el Burgtheater, de Viena, ha sido muy aplaudida una



LA GUERRA DE CUBA. - DEFENSA DE UN TREN ATACADO POR LOS INSURRECTOS. (Dibujo tomado de una fotografía)

MILÁN. - En la venta de la galería Scarpa el aficionado parisiense conde de Cheigné ha adquirido por 135.000 liras el retrato del poeta Antonio Tebaldeo, que se atribuye a Rafael y que antiguamente figuraba en la galería ducal de Módena.

BUDAPEST. - El célebre pintor húngaro Munkacsy, que durante tantos años ha residido en París, irá en breve a establecerse en Budapest, en donde están construyendo ya su taller. El afamado artista ha sido nombrado miembro de la Cámara de los Magnates é inspector de Bellas Artes con el sueldo anual de 12.000 florines (30.000 pesetas), igual al de un ministro de aquel país.

traducción alemana de la graciosa comedia de Bisson y Carré *El consejero ministerial*.

- En el teatro Nacional Bohemio, de Praga, se ha estrenado con gran éxito el drama de Sudermann *Seres solitarios*.

- En el teatro de la Moneda, de Bruselas, se ha reproducido la antigua ópera de Donizetti *Don Pascuale*, que el público ha acogido con gran aplauso.

- Sardou ha terminado el nuevo drama que con el título de *La Bruja* ha escrito expresamente para Sarah Bernhardt.

- En Londres se representarán en breve todos los dramas de Shakespeare en un teatro construido expresamente para ello, y tal como se pusieron en escena en tiempo del gran poe-

tor, pues aparte de la imposibilidad de identificarse con el pensamiento de éste, casi siempre resulta que las piezas aplaudidas se las atribuyen, con más ó menos derecho, los continuadores de la obra póstuma, quedando sólo para el pobre compositor muerto lo que menos ha gustado al público. Otro de los graves inconvenientes que tiene este procedimiento es que si la ópera fracasa, el autor no puede tomar el desquite de la derrota que quizás oscurecerá para siempre una reputación sólidamente fundada. Se han estrenado además, con buen éxito, en el teatro de la República *La Belle Grelle*, interesante drama en cinco actos y siete cuadros de L. Pericaud y E. Lemonnier, tomado de la novela del mismo título de Alejo Bouvier;

en el teatro Libre *Le Cuivre*, comedia en tres actos de P. Adam y A. Picard, de gran sentido filosófico, inspirada en las ideas más puras y elevadas; en el Ambigu-Comique *La mendicante de Saint-Sulpice*, interesante drama en cinco actos y diez cuadros de Javier de Montepin y J. Dornay; y en el Gymnase *Marcelle*, bellísima comedia de Sardou, que se estrenó hace algún tiempo en América.

Madrid. — La empresa del teatro Real, no pudiendo cumplir los compromisos contraídos, se ha visto obligada á pedir al gobierno la rescisión del contrato de arrendamiento del regio coliseo, habiéndose con este motivo suspendido las representaciones de ópera. Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia *Voluntad*, drama en tres actos de Pérez Galdós, y *El libre cambio*, graciosa comedia en tres actos, arreglo de un vaudeville francés, por D. Emilio Mario (hijo), y en Lara *Doña Juanita*, comedia en dos actos de los Sres. Flores García y Abati, muy bien escrita y abundante en chistes y escenas cómicas.

Barcelona. — En el Liceo se han cantado *Dinorah*, que ha valido grandes ovaciones á la señorita Pinkert y al maestro Vanzo, y *Los amantes de Teruel*, de Bretón, cuya ejecución ha dejado bastante que desear. En el Principal la compañía del Sr. Cepillo, de la que forma parte la señorita Cobeña, sigue poniendo en escena las mejores obras dramáticas del teatro moderno. En el Tivoli se anuncia el próximo estreno de la nueva ópera *Aurora*, del maestro Espi.

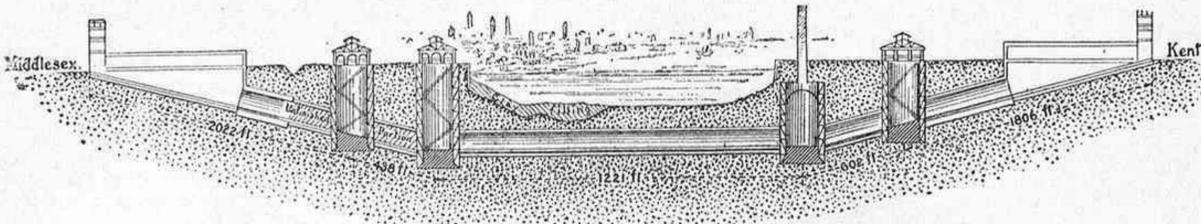
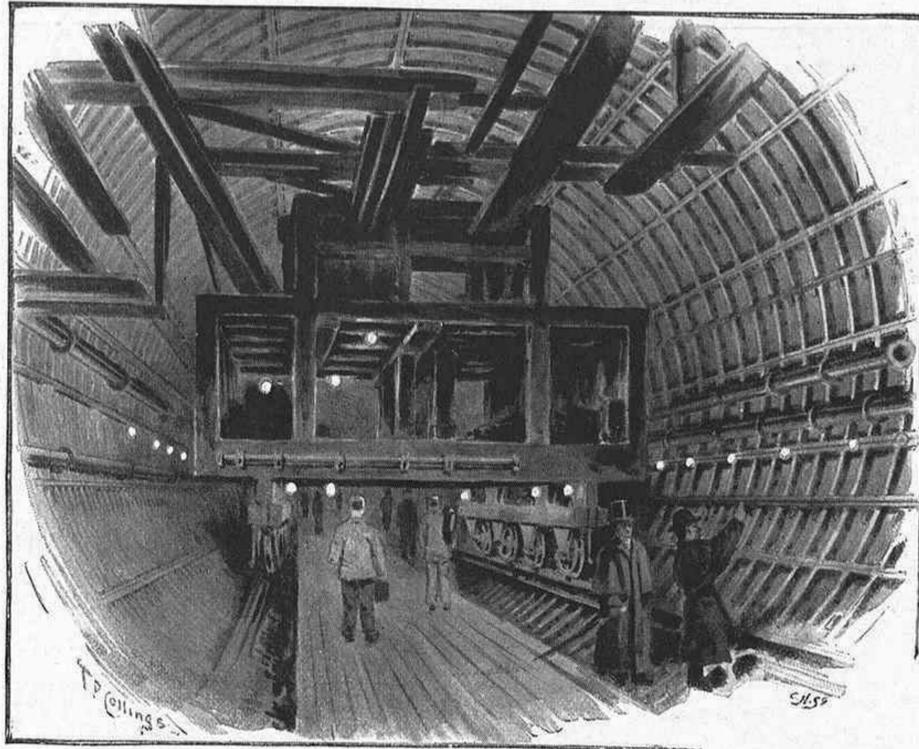
Necrología. — Han fallecido:

Gustavo Droz, celebrado novelista francés.

Adolfo Stademann, notable paisajista muniquense.

C. F. Aagard, paisajista y pintor escenógrafo dinamarqués.

Carlos Brioschi, pintor escenógrafo de origen italiano, establecido en Viena, de cuya Academia era miembro.



El túnel de Blackwall (condado de Middlesex, Inglaterra) construido debajo del Támesis.

Vista del túnel durante los trabajos de perforación.

Sección transversal del túnel

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES Ó EDITORES

ALMANAQUE KNEIPP. — La buena acogida que el público ha dispensado á este almanaque en los dos últimos años ha movido á su autor á publicar el de este año, que como los anteriores puede calificarse de excelente consejero para los individuos y las familias dentro del sistema curativo del famoso cura de Woerishofen, pues en él se contienen interesantes consideraciones respecto de diferentes enfermedades, y se exponen útiles principios para la vida cotidiana. El almanaque es, además, de muy amena lectura por la variedad de trabajos que en él se insertan. Véndese en las principales librerías á una peseta.

FORNOS, poema por Salvador Rueda. — El nombre del más popular de los cafés madrileños ha servido á Salvador Rueda de título para su última obra, un precioso poema cuya forma, sirve de bellísimo ropaje á un pensamiento elevado y noble que se desenvuelve en una acción sencilla é interesante. La idea en que está inspirado *Fornos* es la abominación de la vida de vicio de la corte; y si bien algunos pasajes del poema resultan un poco extremados, ya advierte el autor que lo hace con toda conciencia, pues aun cuando está convencido de que en Madrid hay grandes centros de ilustración, de virtud y de caridad, ha creído necesario dar

más sombra que luz á esta producción para que el grito de alarma sea mayor. Es digno por consiguiente de toda suerte de plácemes el moralista: en cuanto al poeta ya hemos dicho el concepto que nos merece la forma del poema, en el que, como en todas las obras de Rueda, admiranse la armonía del verso, los brillantes colores de las descripciones, la profundidad de los pensamientos y la oportunidad y justeza de las imágenes. *Fornos* se vende en las principales librerías á una peseta.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París. — Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, 21, Barcelona (Gracia).

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc. Empleado con el mejor éxito

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ Hemostático el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.

Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN Hemostático el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.

LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE HAUT DE PARIS** no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causante que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Agua Léchelle HEMOSTÁTICA. — Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los esputos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los organos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de Paris, ha comprobado las propiedades curativas del **Agua de Léchelle** en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa. — DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en Paris.

CEREBRINA REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS Y NEURALGIAS. Suprime los Cólicos periódicos. E. FOURNIER Farm^o. 114, Rue de Provence, en PARIS. En MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias. Desconfiar de las Imitaciones.

DICCIONARIO ENCICLOPEDICO **HISPANO-AMERICANO**

Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que reproducen las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.

MONTANER Y SIMON, EDITORES

CARNE, HIERRO y QUINA El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

VINO FERRUGINOSO AROUD Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y decolorada: el Vigor, la Coloracion y la **Energía vital**.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm^o. 402, r. Richelieu, Sucesor de AROUD. SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXIJASE el nombre y la firma **AROUND**

Pildoras y Jarabe de BLANCARD Solucion **BLANCARD** y Comprimidos de **Exalgina** de Exalgina

Con loduro de Hierro inalterable. **ANEMIA COLORES PÁLIDOS RAQUITISMOS ESCRÓFULOS TUMORES BLANCOS, etc., etc.**

Jaquecas, Corea, Reumatismos Dolores Dentarios, Musculares, Uterinos, Nevrálgicos. El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento. **CONTRA EL DOLOR**

Exijase la Firma y el Sello de Garantía. — Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

ENFERMEDADES DEL **ESTOMAGO** PASTILLAS y POLVOS **PATERSON** con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Eligir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señores PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — PREGIO: 12 REALES.

Eligir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS



PARÍS. - Un rincón del mercado del Temple, cuadro de Luis Jiménez Aranda

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOGACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PAPEL WLINS

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias
 "PARIS, 31, Rue de Seine."

CARNE y QUINA
 El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energetico.
VINO AROUD con QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA! con los elementos que entran en la composición de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la *Anemia* y el *Apocamiento*, en las *Calenturas* y *Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones del Estomago* y los *intestinos*.
 Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al *Vino de Quina de Aroud*.
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmo, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma **AROUD**

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias
 El *JARABE DE BRIANT* recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de aboboles, conviene sobre todo a las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno a su eficacia contra los *RESFRIADOS* y todas las *INFLAMACIONES* del *PECHO* y de los *INTESTINOS*.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las *gastritis*, *gastraljias*, *dolores* y *retortijones* de *estómago*, *estreñimientos rebeldes*, para facilitar la *digestion* y para regularizar todas las funciones del *estómago* y de los *intestinos*.

JARABE

al **Bromuro de Potasio**

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del *corazon*, la *epilepsia*, *histeria*, *migraña*, *baile de S.-Vito*, *insomnios*, *convulsiones* y *tos* de los niños durante la *denticion*; en una palabra, *todas las afecciones nerviosas*.

Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & Co 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

AVISO A LAS SEÑORAS
 EL APIOL DE LOS DRES
JORET-HOMOLLE
 CURA
 LOS DOLORES, RETARDOS,
 SUPPRESSIONES DE LOS
 MENSTRUOS
 FARMACIA 150 R. RIVOLI
 PARIS
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y Cura CATARRO,
 BRONQUITIS,
 OPRESION
ASMA
 y toda afección
 Espasmódica
 de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
 J. FERRÉ y Co, Pcos, 102, R. Richelieu, Paris.

Frasco 5 fr.
 en Paris
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTIÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOSES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso.
 CANDES et Co
 8, St-Denis, 16

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK
 Estreñimiento,
 Jaqueca,
 Malestar, Pesadez gástrica,
 Congestiones
 curados ó prevenidos.
 (Rótulo adjunto en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY
 Y en todas las Farmacias.